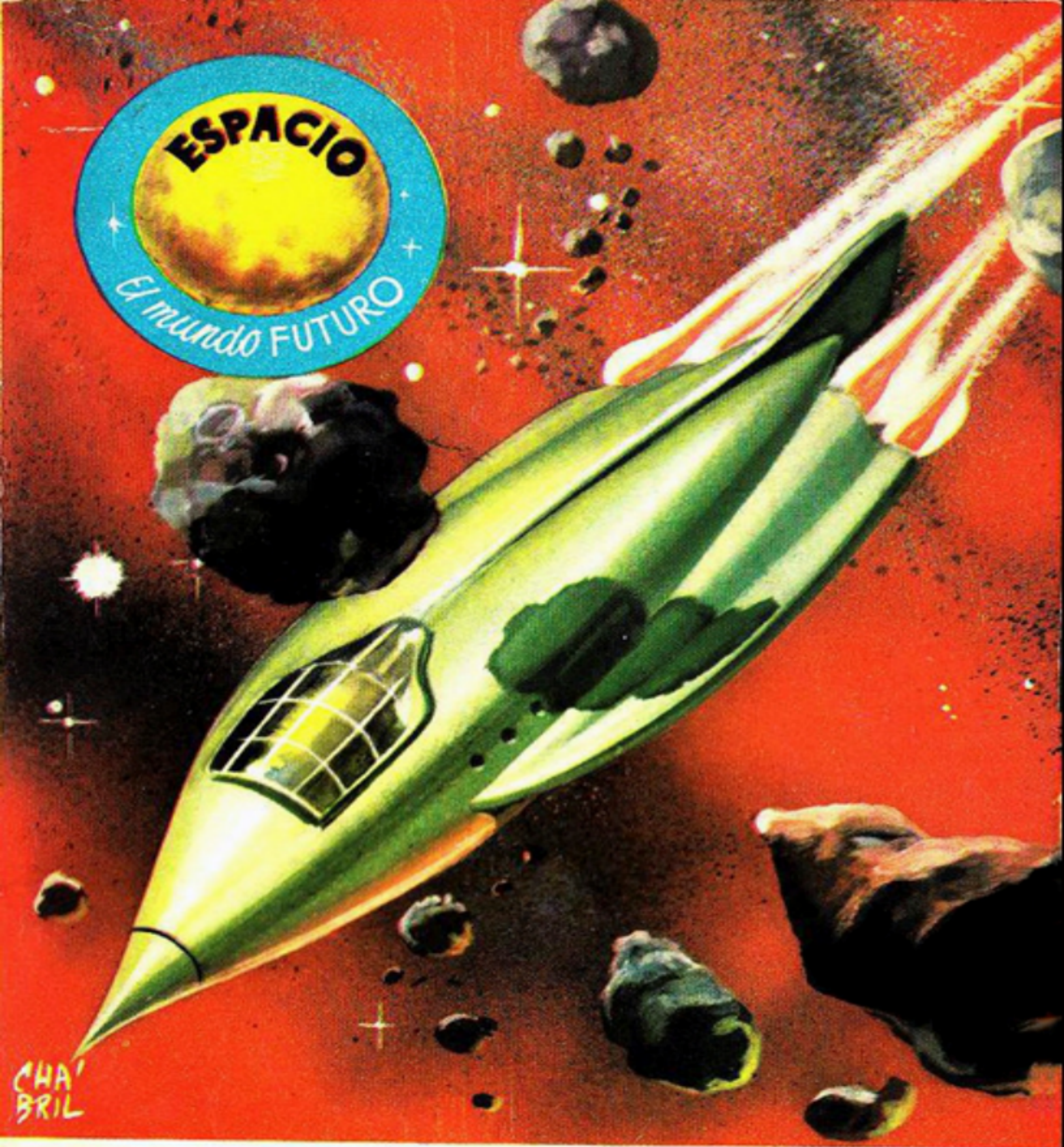


LOS TRABAJOS DE KABÉ

CLARK CARRADOS

Los trabajos de Kabé

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/091

INTRODUCCIÓN

Éste es un nuevo volumen de aventuras del «robot» con aspecto humano, Kabé, la máquina punto menos que perfecta. Algunos habrán leído anteriores hechos del mismo en esta colección[1]*; otros, y aquéllos acaso, leerán la presente obra también. Pero estoy seguro de que todos tacharán al autor de exagerado, calificativo que no es merecido del todo, si se tiene la paciencia de leer lo que a continuación sigue.*

El P. Robert Busa, S. I., del Instituto Aloysianum, de Garallate, Italia, está utilizando desde hace diez años una máquina electrónica para el estudio de las obras de Santo Tomás de Aquino. Dicha máquina no elabora reflexiones filosóficas, pero si se utiliza en el estudio preliminar de tales reflexiones: en el análisis literario. Para conocer el sentido de una palabra empleada por un autor, es necesario buscar todas las frases en que es empleada esta palabra en toda la obra analizada. Comparando estas frases entre si, gracias a las diferentes cuestiones a que seaplica la misma palabra, se llega a determinar con el máximo de exactitud el sentido de la palabra estudiada. Y así se progresa en el conocimiento del pensamiento del autor. Esto, naturalmente, a mano, resultaría un trabajo ímprobo, agotador, capaz de llenar un fenomenal espacio de tiempo; pero es resuelto con facilidad con la máquina del P. Busa, a la que se han proporcionado 220.000 fichas manuales, cifra considerabilísima, y a partir de aqui, dicha máquina procura 1.600.000 fichas-palabras, permitiendo escogerlas y separarlas automática e instantáneamente. (De La Croix, París.)

Otro ejemplo: las «torturas mecánicas» presentadas por el ingeniero vienés Heinz Zemanek, en el I Congreso Internacional de Cibernética, celebrado

en 1956, en Namur, Bélgica.

Cuando con una lámpara eléctrica se ilumina a las tortugas mecánicas, se dirigen hacia la luz, girando en redondo cuando están muy cerca de ella y apartándose en dirección contraria. Si se repite la experiencia, hay una de ellas que se «cansa», retirándose a su jaula, en donde, por si sola, recarga de nuevo su agotado acumulador. Si se les coloca un obstáculo en el camino, lo evitan como si fueran tortugas, auténticas. Las otras dos restantes, si se les coloca un obstáculo en el camino y al mismo tiempo se silba, evitan, como antes, el obstáculo, pero, repetida la experiencia varias veces y sin obstáculo alguno, si vuelve a silbarse, modifican igualmente su trayectoria como si el obstáculo estuviera realmente allí.

En los Estados Unidos existe un «robot» que, colocado en un laberinto, busca el camino hasta que lo haya. Una vez ha sucedido esto, si se le coloca en cualquier lugar del laberinto que ya haya recorrido, sabe encontrar la salida por el camino más corto y sin vacilaciones. Pero, si se alteran los caminos del laberinto, la máquina empieza a girar continuamente, adquiriendo lo que se ha llegado a denominar neurosis artificial. *(De un estudio del Dr. Ing. M. Masriera.)*

Queda aún un tercer caso, de los muchos que podrían citarse: el «Ordenador IBM-704», de origen francés, la más perfecta máquina de calcular conocida hasta la fecha. Ejecuta nada menos que 41.666 operaciones matemáticas por segundo. La solución llega diez mil veces más rápida que haciéndola manualmente. Neper pasó más de treinta años de su vida dedicado a establecer una tabla de logaritmos. El «Ordenador 704» puede establecer los logaritmos de los números 1 al 10.000, con diez cifras significativas, ¡en diez segundos, y registrarlos sobre banda magnética en siete segundos!

Comparemos ahora los tiempos que precisa el «704» con otros medios para resolver un problema concreto de geofísica: determinar los puntos más favorables a la presencia en el subsuelo de petróleo o minerales. *Con papel y lápiz:* mil años; *calculadoras corrientes de oficina:* 5.000 semanas; calcul*ador electromagnético:* 3.750 días; *calculador electrónico:* 50 horas, y *Ordenador 704:* ¡UNA HORA Y CUARTO! (Combat*, de París.)*

Por lo tanto, no es absurdo ni exagerado suponer que, en un futuro más o menos próximo, existan «seres» mecánicos como Kabé, cuyas características principales se detallaron en obras anteriores, y una de cuyas nuevas aventuras va a dar comienzo al volver la hoja.

CAPÍTULO PRIMERO

Puede resultar aburrida la vida a bordo de un observatorio asteroidal, hasta para un «robot».

Esto, que en principio puede parecer incongruencia, no lo es tanto si se reflexiona un poco acerca del asunto. Pero, para hablar de ello, es preciso primero una explicación, no sólo acerca de quién soy yo, sino también de lo qué es un observatorio asteroidal, abreviadamente, O. A.

En lo que a mí concierne, casi toda aclaración es innecesaria. Ya son conocidas algunas de mis aventuras[2], y es suficiente saber que soy un «robot» de aspecto humano, no exento de varonil belleza y, con una digamos inteligencia superior a la del común de las máquinas idénticas a mí. No me enorgullezco de ello, pues, a fin de cuentas, quien tiene motivos para sentirse orgulloso es el Hombre, que es el que me ha construido. Mas también seria falsa modestia declarar que valgo menos, cuando, en realidad, pocos «robots» hay hoy en día que puedan compararse conmigo.

Mi «cerebro» es una complicadísima red de circuitos electrónicos, siendo los más abundantes de ellos los relativos a la mnemotecnia o ciencia de la memoria, los cuales «recuerdan» las cosas que me han sido «enseñadas» y que, relacionadas unas con otras, por medio de los circuitos conectores, hacen que para cada pregunta tenga la respuesta debida y que para cada incidente tenga ya previsto el modo correspondiente y correcto de obrar. Es cuestión solamente de insertar en dichos circuitos todas las circunstancias posibles en una vida humana[3], de modo que, en cualquier momento pueda estar dispuesto para la acción tanto verbal como mecánica. Si, por ejemplo, se me pregunta: «¿Has visto a Fulano?», mis circuitos auditivos registrarán la voz del que me habla, identificándola, si la he oído alguna vez anteriormente; después, la pregunta pasa a uno de los circuitos mnemotécnicos, en donde está grabada la imagen y características de Fulano, en el caso, naturalmente, de que lo haya

conocido alguna vez; este circuito «recordará» la última vez que vi a Fulano, y enviará su respuesta al circuito parlante, el cual a su vez dará la suya a la persona que me haya interrogado, todo ello, naturalmente, en un tiempo brevísimo, no superior al que emplearía cualquier ser humano en un caso análogo.

Todavía poseo otra característica, impuesta por mis constructores, y que no es otra que la rígida obediencia al Código Robótico, código que de ningún modo puedo violar, ya que no he sido hecho para ello. Las principales reglas del Código Robótico pueden sintetizarse en que debo obedecer cualquier orden que me dé cualquier ser humano, siempre que ello no entrañe peligro o daño para otro ser humano; debo, a toda costa, aunque para ello sacrifique mi propia «vida», evitar que un ser humano sufra daño alguno, y estoy autorizado para defenderme, siempre que con mi conducta no pueda perjudicar a un ser humano. Éstas son las limitaciones Inherentes a todo «robot» y hasta ahora, las hemos cumplido fielmente. No ha faltado máquina que, por una alteración casual o premeditada de sus circuitos, haya violado alguna regla del Código, pero, en cuanto se ha tenido noticia de ello, ha sido destruida inmediatamente, sin apelación posible. En cuanto a mi, por ahora no ha hecho falta, puesto que, contrariamente a la mayoría de los «robots», he tenido muchísimo contacto con los seres humanos y me he llegado a acostumbrar de tal modo a ellos, que casi «pienso» y actúo como si, en lugar de ser de vidrio, plástico y metal, fuera un hombre más.

Y, aunque no tengo nombre, sino unas letras y una serie de números que son como mi filiación, pero como las letras son dos, una K y una B, todo el mundo, para hacer más cómoda la cosa, me llama Kabé, a lo cual he llegado ya a acostumbrarme como si me hubieran puesto ese nombre en el momento de construirme.

Esto en lo que se refiere a mí. Si ahora hablamos de un O. A., diré que es un observatorio de «todo» instalado en un pedrusco celeste, vulgo asteroide. Un O. A. es un conjunto de edificaciones destinadas a registrar muchas cosas: paso de las astronaves por las espaciolíneas predicción de tormentas magnéticas o de rayos cósmicos, información sobre meteoritos, y muchas otras, cuya enumeración sería larga y enojosa. Los edificios están construidos en forma estanca, de modo que en ellos pueda vivirse perfectamente y, normalmente, la dotación de O. A. es de un par de observadores, que viven allí durante un par de años, hasta que, pasado dicho plazo, son relevados.

Como puede comprenderse fácilmente, la vida no es agradable. No porque sea incómoda, sino por el fenomenal hastío que le invade a

uno en cuanto lleva un mes en el O. A., ya que el espacio en que a la fuerza ha de vivirse es reducidísimo y, como por otra parte, la gran parte de la labor de los observadores, se reduce a vigilar los aparatos, que hacen todo de modo automático, es fácil comprender que nadie quiera ir a encerrarse dos años en un O. A., instalado, como aquel en que me encontraba yo y como la inmensa mayoría de ellos, en un asteroide no mayor de medio kilómetro de largo por unos cien metros de grueso. Se vive sin gravedad, con aire acondicionado y «presurizado», a base de conservas... Allí no hay carne fresca, ni lluvia, ni viento... ¡Puah, un asco!

Y por ello, como últimamente no había observadores para el 31, que era el mío, se me había enviado a mí durante una temporada, hasta que los encontrasen, confiando en que yo, como no necesito dormir, haría con toda facilidad la tarea de los dos de cupo que no se habían podido hallar, sin tener en consideración que yo soy un «robot» que se aflige mucho cuando no está en compañía de seres humanos.

Pero, en fin, uno es «robot» y no le queda otro remedio que obedecer, con lo cual, en el momento de dar comienzo a la historia, llevaba ya tres meses terrestres en el O.A: 31, pequeño, insignificante, una roca perdida en la inmensidad del espacio, girando eternamente alrededor del Sol, a una distancia media de unos 350 millones de km., con una velocidad de unos 18 km./seg., y tardando en completar la órbita en torno al astro rey unos cuatro años terrestres. (En el O. A. 31 todos los febreros hubieran sido bisiestos).

Bien; el caso es que, a los tres meses, día más o menos, de mi llegada al O. A. 31, y cuando ya empezaba a dar la razón a los humanos que no querían aquel trabajo ni por todo el oro del mundo, la monotonía de mi «existencia» se quebró súbitamente.

Primero fue el zumbador de alarma del radar de larga distancia lo que llamó mi atención. Fui hacía la pantalla correspondiente y corté aquel molesto sonido, que hería desagradablemente mis micrófonos receptivos. Luego estudié la pantalla.

Pude ver en ella dos trazos. Uno de ellos, un puntito luminoso, apenas mayor que una cabeza de alfiler, pero desplazándose en el espacio con vertiginosa velocidad. El otro de ellos era ligeramente mayor, pero infinitamente más alejado; a veinte o más millones de kilómetros de distancia, cuando menos.

Empezaba a preguntarme qué podría ser aquello, cuando mis circuitos visuales captaron una oscilación en el indicador luminoso del receptor

de radio. Manejé el botón de apertura, y al instante una voz humana llenó con sus vibraciones la estancia.

«—¡Atención, atención! A todos los O. A., a todas las naves de patrulla de la Policía Espacial, a todas las naves en tránsito por las espacio-línea» números 3C, 43 y 50L. Se ha escapado de la Penitenciaría de Plutón el condenado número 72F3314, utilizando para ello el yate particular del alcalde. Las naves policiales deberán darle alcance por todos los medios posibles, en tanto que las demás naves y los O. A. se abstendrán, bajo ningún concepto, de dar asilo al fugitivo. Las cifras de identificación del yate son...»

Cerré la radio apenas hube escuchado el mensaje. Me basta oír una frase para recordarla siempre, gracias a las excelencias de mi memoria electrónica y, por si fuera poco, el mensaje había quedado grabado de modo automático, como todas las comunicaciones radiales que recibía. No necesitaba más el receptor, de modo que, casi maquinalmente, y nunca mejor empleada la frase, volví junto al radar.

Aquel puntito pequeño debía de ser el yate del alcaide de la Fortaleza Negra, nombre con que, vulgarmente, era conocida la penitenciaría de Plutón. Y, debajo de mi envoltura de plástico y metal, mis circuitos compasivos empezaron a excitarse.

Era evidente que los criminales que enviaban a purgar su pena a la Fortaleza Negra merecían la condena impuesta. No obstante, el castigo, más que terrible, era bárbaro. Vivir unos cuantos años en aquel inhóspito lugar, cubierto de gases convertidos en hielo, viendo el Sol del tamaño de una estrella apenas más brillante que las demás desde una distancia media de 6.000 millones de km., trabajando duramente en la extracción de metales estratégicos en las minas plutonianas, situadas a veces a quince y veinte kilómetros bajo la superficie, y todo ello, día tras día, año tras año, hasta cumplir la pena, no tenía nada de agradable, por muy grande que hubiera sido el crimen cometido. Ya había habido voces que se habían levantado en contra del mantenimiento de la Fortaleza Negra, nueva Guayana del espacio, nueva Isla del Diablo, mil veces peor que ésta en sus peores tiempos, pero todo había sido inútil hasta el presente. Los forzados resultaban unos excelentes mineros — excelentes en el aspecto económico únicamente, claro está—, y el gobierno de nuestro planeta no se había dejado impresionar por cuatro gritos más o menos, insistiendo en mantener dicha penitenciaría en los confines del Sistema Solar. Por todo esto, pues, mis simpatías estaban del lado del evadido, aunque, dada la perfección del sistema de vigilancia espacial, dudaba en que acabara de consumar la evasión, porque el yate del

alcaide podría ser una magnifica nave, pero estaba dotado solamente de la impulsión suficiente para la navegación interplanetaria, mas carente de motores hiperespaciales que le permitiesen llegar hasta las estrellas más próximas al menos, en donde, sin duda alguna, se hubiera podido esconder en alguno de los numerosos planetas habitados de los sistemas que allí abundaban. Y aquí, en el nuestro, ¿dónde se iba a esconder?

Todas estas reflexiones me había hecho cuando, de pronto, noté que la nave en que viajaba el evadido estaba ya a distancia visual, es decir, con un telescopio de mediana potencia. Ésta es la ventaja de los yates: alcanzan una terrible velocidad, aunque, naturalmente, a costa del alcance, y por ello, había podido eludir la persecución de que había sido objeto. A través del ocular pude ver que el fugitivo venía hacia mí observatorio, cosa que comprobé sin ningún lugar para la duda.

Me hubiera gustado tener disponible algún juramento. Pero los «robots» somos «personas» bien educadas y nuestros circuitos carecen de palabrotas, lo cual, sin embargo, no me impidió sentirme de pronto muy disgustado. Aquélla era una complicación con la cual yo no había contado.

La nave se aproximó al asteroide a una velocidad aterradora. De pronto, su conductor disparó los chorros inversos de freno, con lo cual redujo notablemente su marcha. Era evidente que estaba tratando de equiparar su órbita con la mía.

Abandoné el telescopio. Ya podía verlo sin ayuda, y comprobé que la nave se hallaba a pocos centenares de metros de distancia, pareciendo inmóvil en el espacio al hallarse en una órbita muy próxima a ¡a mía y con la misma velocidad del asteroide.

Así permaneció unos momentos, hasta que, de súbito, se incendiaron sus chorros posteriores y arrancó nuevamente, zambulléndose de cabeza en el espacio, considerando esto desde la posición en que me hallaba. Por lo visto, el tipo debía de haber considerado que el lugar en que se encontraba no era muy seguro.

Permanecí unos momentos más en aquel punto, tratando de localizar la nave perseguidora. Fueron sólo quince o veinte segundos, apenas pasados los cuales, un súbito fogonazo brilló esplendorosamente durante una cortísima fracción de tiempo.

Comprendí al instante lo ocurrido. El evadido debía de haber tratado de forzar los motores, y éstos, incapaces de soportar las feroces

tensiones a que habían sido sometidos, habían estallado. Compadecí al desgraciado, aunque pensando que, en medio de todo, su muerte habría sido tan fulminante que no habría tenido tiempo de enterarse. Después de esto, sólo me quedaba una cosa por hacer: ponerme en comunicación con las patrullas de vigilancia.

Así lo hice, y pocos momentos más tarde, era anulada la orden de persecución. Oí algunos comentarios irónicos, la mayoría de los cuales versaron sobre el número de palabrotas que soltaría el alcaide de la Fortaleza Negra al verse privado de su yate, después de lo cual, sólo volvieron a oírse a través del éter las frases de rutina.

Obediente al reglamento de todo O. A., anoté en el diario el incidente recién ocurrido, y luego hice algunas operaciones en los aparatos, también de rutina, cosa que me llevó una hora aproximadamente. Y entonces fue cuando noté que alguien llamaba afuera.

El hecho no dejó de extrañarme. Si el asteroide estaba desierto, conmigo como único «habitante», ¿quién diablos podía ser entonces la persona que estaba llamando desesperadamente? Y digo desesperadamente, porque el zumbador sonaba que era un contento.

Hice funcionar el visor de la entrada y vi un hombre con un traje de vacío, sosteniendo de la mano un bulto metálico, cilíndrico, de más de un metro de largo por casi otro tanto de diámetro. El tipo me vio también, pues los visores se correspondían, e hizo funcionar su radio portátil.

—¡Por el amor de Dios! —oí—. ¡Ábrame; se me está agotando la provisión de oxígeno!

No hay muerte más horrible para un astronauta que verse encerrado en un traje espacial y advertir que se queda sin reserva de oxígeno. Sé de algunos que, no queriendo padecer, han abreviado sus sufrimientos desgarrándose ellos mismos el traje, pero yo podía evitar aquello y lo hice.

Treinta minutos más tarde, atravesadas las esclusas de acceso al interior del observatorio, el individuo, sin soltar el bulto cilíndrico, estaba frente a mí. Le ayudé a soltarse la escafandra y, fue tanta mi sorpresa al verle, que no pude evitar dar un paso atrás.

—¡Una mujer!—exclamé.

Ella sacudió sus cortos rizos, brillantes como hebras de oro, y me miró con unos ojos de un esplendente color azul, de una profundidad sin

igual. Advertí que su belleza era extremada y que, escultóricamente, debía ser la cosa más parecida a una obra de Fidias.

—Sí, una mujer—dijo ella con impaciencia—, Pero no se quede ahí parado, hombre; ayúdeme a...

—No hoy un hombre — la interrumpí—, sino un «robot», señorita.

—¿Usted... un «robot»?

Traté de sonreír.

—Lamento defraudarla, señorita; pero así es. Uno ha sido construido «robot», como hay máquinas que han sido construidas para escribir o curvar planchas de metal. Yo no tengo la culpa de ello, señorita; créame.

Vi brillar en sus lindos ojos una chispa de buen humor.

—En todo caso — dijo—, eres el «robot» más simpático que me he echado a la cara. ¿Cómo te llamas?

—Kabé, señorita.

—Está, bien, Kabé. Mi nombre es Lyndall Curtiss... y...—calló un momento en tanto salía del incómodo traje espacial. Al fin se lo quitó, y entonces fue cuando mis circuitos de la sorpresa alcanzaron temperaturas insoportables.

Lyndall Curtiss vestía un mono de una sola pieza, de una tela gris, fuerte, sólida, llevando lateralmente a la altura del pecho una tira roja con unos números y unas letras en blanco. Y dichas letras y números habían sido registradas por mis circuitos apenas una hora antes; 72F3314.

—Así... que usted es el evadido, ¿eh? —refunfuñé.

Ella movió sus rizos para asentir.

—Efectivamente, Kabé. Y no sabes cuánto m« alegro de haberme topado con un «robot» en esto observatorio.

Dejé de mirarla.

—No me lo jure — murmuré amargamente —. Se aprovechará de que soy una máquina y usted un ser humano para dictarme las órdenes que quiera, ¿verdad?

—Seria una necia si así no lo hiciera, Kabé — rio ella—. Entré aquí, después de haber simulado mi muerte en el yate, con la intención de esconderme algún tiempo, pero tuve una inesperada avería en el aparato suministrador de oxigeno, y no me quedó otro remedio que arriesgarme a ser detenida de nuevo. Afortunadamente, sólo he topado con un «robot».

—Sí — dije hecho cisco—; usted ha tenido la suerte por toneladas, y yo… yo me veo arrojado a la chatarra en cuanto se pase todo esto y se sepa lo ocurrido.

—No te preocupes, Kabé — dijo ella, poniéndome una mano encima del hombro—; espero, antes de que me apresen de nuevo, poder demostrar mi inocencia y…

La interrumpí.

—¡Qué raro!—exclamé con sarcasmo—. Todavía no he visto un condenado que no jure y perjure que es inocente. Naturalmente, Lyndall, usted no iba a ser la excep…

No pude continuar.

Los ojos de ella brillaron airados, y abrió la boca para contestarme algo fuerte, pero no pudo. El cilindro que había traído se movió inesperadamente, rodando por el suelo.

Me quedé de una pieza.

—¡Cielos!—exclamó ella—. ¡Lo había olvidado completamente.

La muchacha corrió hacia el cilindro, deteniendo sus frenéticos botes, que en ocasiones y dada la gravedad cero que allí reinaba, lo habían hecho llegar al techo, y luego lo abrió. Entonces, ante mi sorpresa, cada vez mayor, salió del interior del tubo, algo que enderezando las orejas y agitando alegremente el peludo rabo, emitió un alegre:

—¡Guau!

CAPÍTULO II

Aquello era ya demasiado para mí. Apresuradamente, hube de enviar unas cuantas unidades de refrigeración a mis mecanismos internos, pues, francamente, tal como se estaban presentando las cosas, corrían el riesgo de fundirse. Primero, la noticia de la evasión; luego el evadido en persona se presenta en el O. A.; después el evadido resultaba ser una bellísima muchacha, de apenas veinticinco años de edad, y, por último llegaba allí acompañada de un perro lobo de descomunal tamaño, el cual parecía sentirse muy a gusto dentro del observatorio.

El perro vino hacia mí, dando vueltas a mi alrededor, sin dejar de olfatearme y menear el rabo. Al fin, tranquilo y satisfecho, emitió un segundo ¡guau!», esta vez aprobatorio, y volvió junto a la chica.

—Muy bien, «Calixto»—dijo Lyndall—. Veo que encuentras a Kabé de tu gusto, ¿eh?

—¿De dónde sacó ese perro, Lyndall? — pregunté.

—Estaba a bordo del yate del alcaide, y pertenece a éste. Pero nos hicimos amigos en seguida. No sé a quién se le ocurriría ponerle ese nombre...

—Es el del cuarto satélite de Júpiter — murmuré.

—Pero me gusta. Y además, este perro tiene una ventaja: está acostumbrado a los lugares con baja gravedad o con gravedad cero, como éste.

—Se ve que debió de pertenecer a algún piloto astronáutico, antes de al alcaide.

—Posiblemente. Pero ahora se ha encariñado conmigo y pobre del que intentara hacerme algún mal —dijo Lyndall, mirándome de reojo.

—Es inútil que me mire así, señorita. Soy un «robot» y ya sabe que no puedo hacer daño a los seres humanos.

—Era una simple advertencia nada más, Kabé.

—Que sobraba por completo, a poco que conozca usted las reglas del Código Robótico.

—Tienes razón —murmuró ella pensativa—. Tú no puedes delatarme, porque entonces vendrían a buscarme y devolverme de nuevo a la Penitenciaría, lo cual sería un daño para mí. Obviamente, y de

acuerdo con la ley humana, tal daño es justo; pero a ti, Kabé, te han ordenado que no nos hagas daño, sea justo o injusto.

—Sería usted un magnífico abogado si se dedicara a ello, Lyndall. Así es, como usted ha dicho; y puede estar segura aquí, por lo menos hasta dentro de veintiún meses.

—¿Por qué esa fecha, Kabé?

—Porque al cabo de ese tiempo seré relevado y, con toda seguridad, por seres humanos. Y éstos, muchacha, no tendrán con usted las consideraciones que yo le estoy guardando.

—Sí, tienes razón, Kabé — murmuró ella pensativa, acariciando entretanto la enorme cabeza de «Calixto». De pronto alzó la cabeza y sonrió—: Oye, Kabé.

—Dígame, Lyndall.

—¿Me vas a tener esos veintiún meses a dieta?

—Oh, no — sonreí—. Si me acompaña, la llevaré al comedor. Estos pedruscos están siempre bien surtidos de alimentos y bebida, de modo que, en ningún momento pueden faltar las provisiones.

Ella asintió y yo me eché a un lado, guiándola hasta la pieza que servía de cocina y comedor a un tiempo, amplia, con grandes ventanales que daban a las estrellas, proporcionando así una vista del espacio circundante realmente magnífica. Empecé a trastear con las latas de conserva, y, mientras lo hacía, dije por encima del hombro:

—Si se molesta en seguir el pasillo, dos puertas más allá verá un cuarto de baño.

—Gracias, Kabé; ha sido una buena idea.

—Allí tendrá también ropas para cambiarse. No serán como las que usted usaba, pero calculo que le agradarán más que las que lleva.

—De seguro que sí, Kabé — dijo ella, estremeciéndose al reparar de nuevo en el fatídico rótulo que llevaba sobre el pecho.

—¡Y no se olvide de poner en marcha el aspirador de la ducha! —le grité, cuando ya desaparecía por la puerta de la cocina, a lo cual ella respondió con una exclamación de asentimiento.

Para un astronauta experimentado, tal observación resultaba

innecesaria. Pero, en cambio, yo no sabía qué había sido Lyndall antes de ser condenada a la Fortaleza Negra, y si se duchaba en un lugar con gravedad cero, corría el peligro de ahogarse con la propia agua de la ducha. Esto puede comprenderle fácilmente, fijándose en que el agua sale a presión por los orificios de la ducha, por supuesto, pero en seguida, al carecerse de una gravedad que la atraiga hacia abajo, empieza a mezclarse con el aire circundante, convirtiéndose en un finísimo polvillo acuático, con lo cual resulta que el bañista respira aire y agua a partes iguales, cosa para la que no están hechos sus pulmones. Parecerá increíble, pero yo conozco casos de tipos que se ahogaron en menos de dos minutos por no haber hecho uso del aspirador del agua que hay en la parte inferior. Y dicho aspirador no es más que un aparato que proporciona una fuerte corriente de aire que arrastra el agua hacia el sumidero, evitando así dicho peligro.

Lyndall vino media hora más tarde, recompuesta, como nueva, con ropas limpias, pareciendo otra persona. Vio la comida que ya estaba puesta sobre la mesa, se sentó y comió con excelente apetito. «Calixto» ya había satisfecho su apetito mientras ella se bañaba.

Al terminar, con una taza de café en una mano y un cigarrillo, de los que yo le había proporcionado en la otra, me miró.

—Kabé —dijo—, sin duda estarás deseoso de saber por qué una mujer estaba cumpliendo condena en Fortaleza Negra, ¿verdad?

- Soy un «robot» —repuse—, y, como tal, carezco de curiosidad. No obstante, si me es permitida una observación…

—Permitida —dijo ella.

—…diré que no, no me extraña.

—¿Por qué?

Emití una suave sonrisa de ironía. Cuando salí de la fábrica, yo era mucho más circunspecto, pero añora, al cabo de los tiempos, después de relacionarme profusamente con los humanos, mis circuitos sociales estaban muy desarrollados.

—Por la sencilla razón de que, tanto y tanto ha reclamado el sexo femenino la igualdad de derechos con sus oponentes del sexo contrario, que no es raro que, además de derechos, se les hayan concedido deberes.

Enrojeció al comprender la alusión.

—¡De todas formas, es inhumano condenar a una mujer a la Fortaleza Negra, Kabé!

—¿Y a un hombre, no, Lyndall?

—Lo mismo. Deberían suprimirla…

—¿Cuántas veces se ha preocupado usted de la Fortaleza Negra hasta que no la ha conocido desde el lado del forzado, Lyndall?

Volvió a enrojecer. Apuró el café y chupó del cigarrillo nerviosamente.

—Tienes razón, Kabé. No se sabe cuánto vale la salud hasta que se ha perdido. Te juro que en cuanto haya demostrado mi inocencia, emprenderé una campaña que…

—Vamos, vamos, muchacha; deje ahora esos propósitos que no sabe si va a cumplir siquiera. En su lugar, y perdonando esta robótica indiscreción, debería contarme por qué la condenaron. Debió ser un crimen gordísimo para enviarla allá, ¿verdad?

—Sí — murmuró ella pesadamente—. Un asesinato.

—Ya me lo suponía. A Plutón no envían ladrones vulgares, Lyndall.

—¡Pero yo no lo maté!—gritó ella bruscamente, muy excitada.

—Yo no soy su fiscal, Lyndall. ¿Quién era el tipo que no murió a sus manos?

—El profesor Bahrein —declaró ella, dejándome helado por la sorpresa.

—¿Bah… rein? ¿El tipo que pretendía haber descubierto un nuevo combustible ultraeconómico y de rendimiento superior en un veinte por ciento a todos los ya conocidos?

—El mismo, Kabé. Pero no lo pretendía; lo había descubierto en realidad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque, desde hace seis años yo era su secretaria y la encargada de poner en limpio los apuntes de sus observaciones. No olvide que estoy graduada en Ciencias Químicas.

—¿Y… y era cierto lo del combustible?

—Ya lo creo — rio Lyndall un poco forzadamente—. Si no lo han parado, aún debe estar funcionando el motor que proveía de luz y energía a su casa, con sólo una veintena de litros de dicho combustible.

—¡Dios mío! Bahrein debía de ser un genio para haber conseguido tal cosa.

—Lo era. Pero el que mató a Bahrein lo hizo a conciencia, para apoderarse de la fórmula.

—¿Y lo consiguió?

—No. Fracasó rotundamente, porque, modestia aparte, yo soy una chica prevenida, y todos los días, al terminar el trabajo, escondía muy bien los cuadernos de apuntes, en uno de los cuales está la fórmula. Aparte de aquí — sonrió, señalándose la frente con el índice.

—¿Y no los entregó usted?

—No, hasta que se haya descubierto al asesino del profesor. Éste murió sin hacer testamento, y sin herederos tampoco, por lo que no me siento obligada a entregarles dichos cuadernos. Por otra parte, tampoco creo, honradamente hablando, que sea yo la llamada a hacer uso de una fórmula que convertirá en millonario a su poseedor.

—Eso es cierto. El hombre que tenga la patente de ese nuevo combustible se convertirá en un Creso del siglo XXII. Pero, ¿cómo la acusaron a usted de la muerte del profesor, Lyndall?

Un velo de tristeza pasó por sus límpidas pupilas.

—Sería demasiado largo para relatarlo aquí. Bástete saber que todas las pruebas estaban en contra mía, hábilmente amañadas por el asesino, con la esperanza de que, al verme perdida, hablara para salvarme y conseguir así la formula. Pero —añadió irguiendo orgullosamente la cabeza— de nada le servirá su crimen, porque no pienso hablar hasta que se haya descubierto al asesino.

—¿Y no tiene usted alguna idea acerca de su identidad?

Lyndall meneó pesarosamente la cabeza.

—No. Había varias personas relacionadas con el profesor, muchas de las cuales conocían sus trabajos. Cualquiera de éstas pudo ser…; pero todas ellas están magníficamente situadas y… ¿quién va a salir en

defensa de una pobre mujer, cuya culpabilidad está demostrada concluyentemente? Aún tengo —dijo con amarga ironía — que agradecerles que me hayan respetado la vida.

—Seguramente, porque acaso esperaban que usted hablase.

—Ni para salvar mi propia existencia lo haría, Kabé. Quería mucho al profesor Bahrein; tanto como si hubiera sido mi propio padre, puesto que como tal se portó conmigo, cuando los míos murieron en un desdichado accidente astronáutico; él me cuidó y me enseñó todo cuanto sé. Y, si puedo, no pararé hasta conseguir que el criminal pase a la cámara de desintegración.

—En eso —murmuré—, lamento no poderla ayudar, Lyndall.

—Lo sé, Kabé —dijo ella—. Tú eres un «robot» y, aunque supieras quién es el criminal, no podrías delatarlo, puesto que al hacerlo, le causarlas un daño.

—Eso es. Serla un daño merecido, pero yo no puedo discriminar, Lyndall. Debo medir todos los males que puede sufrir el hombre por el mismo rasero y evitarlo, aunque sea a costa de mi propio pellejo... de plástico — terminé riendo, para acabar de animarla.

El tiempo pasó. Un mes, dos, diez y poco a poco Lyndall y yo fuimos intimando, en todo cuanto permitían nuestras diferentes constituciones humana y mecánica respectivamente. Llegamos a hacernos grandes amigos, pero vimos que también iba a llegar el tiempo en que el relevo llegara al O. A.

Cuando faltaban tres meses, le planteé la cuestión. Me enseñó una pistola.

—Estaba en el yate del alcalde de la Fortaleza, Kabé.

—Me pones en un compromiso. Ahora ya sé que quieres causar daño a unos seres humanos y yo debo evitarlo.

—¿De qué manera, Kabé? ¿Acaso dañándome a mí?

—No. Pidiéndote la pistola, sencillamente.

—Entonces también me causas un mal, porque tu relevo me denunciará y me devolverán a la penitenciaria.

Mis circuitos empezaron a recalentarse ante el dilema. Y, por más que

buscaba una solución, no podía hallarla. Lo dejé, por el momento, y, en el instante menos esperado, ella vino por sí sola.

Quince días más tarde, estábamos ante uno de los amplios ventanales, observando el celeste panorama, cuando, de pronto, vi que el esbelto seno de la muchacha se dilataba con un hondo suspiro.

—¿Qué la ocurre, Lyndall? ¿Por quién suspira? ¿Acaso algún amor perdido?

—No.

—Entonces, ¿aguarda a su príncipe azul?

—Jamás creí en tales tonterías, Kabé.

—¡«Robot»!, yo no digo que haya de ser exactamente un príncipe azul como sucede en los cuentos. Pero, cuando una mujer espera el amor de un hombre, éste, alto o bajo, flaco o gordo, feo o guapo, siempre es un príncipe azul para ella. ¿De veras que no hubo un «él» para usted, Lyndall?

—No tuve tiempo, Kabé. La ciencia...

—¡La ciencia, la ciencia! —refunfuñé—. ¡Cuántos disgustos se hubiera ahorrado usted si, portándose como una mujer normal, hubiera encontrado un marido como Dios manda! Ahora serla una feliz ama de casa, con dos o tres chiquillos subiéndole por las piernas...

—¡Cállate, Kabé!—gritó ella, exasperada.

Y de pronto se volvió hacia mi. Tenía la pistola en la mano, encarada directamente hacia mi pecho que es donde se halla situada la diminuta pila atómica que me proporciona la energía necesaria para mi vida robótica, y vi en sus ojos la firme decisión de disparar.

—No es necesario que lo haga, muchacha —dije.

—¡Para mi, si, Kabé!—exclamó Lyndall, muy excitada—. Por eso suspiraba antes; porque me veo obligada a destruirte. Durante todo este tiempo, he llegado a tomarte cariño, pero has de comprender que...

—Si —musité amargamente—; a fin de cuentas, yo soy una máquina y usted un ser humano. No obstante, me permitiré hacerle una advertencia.

—¿Cuál es, Kabé?

—Si me destruye, agravará su situación. Nosotros, «los robots», no podemos causar daño a un ser humano; pero si ustedes lo causan a cualquiera de nosotros, incurren en gravísimas penalidades, que en su caso, Lyndall, obvio es decirlo, no harían otra cosa que agravar aún más su situación.

—Eso no me importa, Kabé. Te destruiré y luego aguardaré el relevo. ¿Te conocen los que van a venir?

—No — mascullé, furioso por tener que decir la verdad.

—¿Lo ves? — exclamó triunfal—. Yo te suplantaré, y me volveré en la astronave a la Tierra. Una vez allí…

—Si llega, porque no se crea que es tan fácil ocultarse. Una vez en la nave, ¿cuánto cree —Inquirí, mirándola con desfachatez de arriba abajo y haciéndola sonrojarse intensamente—, que tardarán en descubrir que es usted una mujer? El capitán de la nave sabe que tiene que recoger a un «robot», sí; pero de aspecto masculino, ¿me entiende bien, Lyndall?

La muchacha palideció un instante al escuchar mis argumentos, pero no tardó en enderezarse de nuevo.

—Es lo mismo, Kabé —dijo—; ya me las apañaré yo para…

—¡Un momento! —grité—: ¡«Robots» oxidados!, y qué tercas se ponen las mujeres cuando se empeñan en una cosa. Escúcheme, Lyndall; puesto que de veras está dispuesta a deshacerse de mí, procúrese un destornillador. Con él tendrá más que suficiente para convertirme en un montón de chatarra en cuanto me haya sacado la pila. Luego, deja usted una nota para el relevo, diciendo que me arreglen la avería… ¡y todos tan contentos; ¿No le parece esta idea mejor que la suya?

Me miró suspicazmente.

—¿No me estás engañando, Kabé?

—¡Por la memoria de Einstein! Juro que es verdad lo que digo.

—Entonces… —dubitó ella, pero en aquel momento, empezó a sonar la chicharra de alarma.

En un instante, nos olvidamos de nuestras «disensiones». Corrimos

hacia el receptor, al mismo tiempo que el radar empezaba también a dar señales de vida.

Una voz se dejó oír en el interior de la estancia cuando di media vuelta al interruptor de la radio. Entretanto, había captado en la pantalla la Imagen de un aparato aproximándose al asteroide.

La voz sonó en un idioma conocido para mí, pero ininteligible. Supe que era un siriano el que estaba hablando, por lo cual puse en funcionamiento el traductor automático, que nos dejó entender las frases que el invisible locutor estaba pronunciando.

—¡Socorro, por favor!

—¿Quién es usted? — pregunté.

—Krontar, principe heredero del Gran Reino de Krontaria.

—¿Dónde está ese planeta, que no lo hemos oído nombrar?

—En el Noveno Sistema de Sirio. Pero, por favor, dense prisa. Tengo averiado mi aparato y los motores atómicos empiezan a dar señales de inestabilidad.

—Está bien, príncipe. Acérquese cuanto pueda al asteroide. Nosotros vamos a salir fuera a ver qué podemos hacer por usted. Póngase un traje espacial y lárguese de la nave; le recogeremos en el espacio. ¡Vamos Lyndall, aprisa!

CAPÍTULO III

Nos vestimos apresuradamente. «Calixto» nos siguió hasta la esclusa y meneó el rabo, como deseándonos buena suerte, sabiendo que él no podía venir con nosotros. Era un perrito la mar de inteligente, la verdad.

Fuera de los edificios, teníamos que andar con infinito cuidado para no evadirnos al espacio. Aunque había gravedad, ésta era allí prácticamente nula y casi igual a cero, por lo cual el simple impulso para dar un paso vulgar y corriente lo elevaba a uno muchos metros sobre el suelo, tardando luego una infinidad de tiempo en regresar a la

superficie. Obviamos este inconveniente, estableciendo unos largos y sólidos cables de anclaje, que nos permitieron maniobrar a nuestro antojo.

—¿Cómo habrá podido llegar Krontar hasta aquí? inquinó Lyndall.

—No lo sé; pero, si utilizó los motores hiperatómicos de su nave en esta parte del Sistema, cometió un gravísimo error. Está terminantemente prohibido surgir dentro de la Órbita de Plutón cuando se viene de un sistema exterior.

—Acaso tenía mucha prisa...

—La prisa le Hubiera sobrado sí, al surgir en el espacio normal de tres dimensiones, se hubiera encontrado en el que ya ocupaba algún planeta o satélite.

—Habría muerto.

—Hecho polvo, no le quepa duda, Lyndall.

Callamos, porque ya veíamos un puntito luminoso flotar en dirección nuestra. Dispuse todo para recoger ai astronauta, el cual, pocos minutos más tarde, asía el cable que le había disparado con la pistola lanzacabos. Tirar de él fue cosa fácil, y apenas hubo puesto pie sobre la superficie del asteroide, relajó sus músculos. No cayó, por la ausencia de gravedad, pero no me fue difícil suponer que, por una causa u otra, había perdido el conocimiento.

—Debe de estar bastante mal, Lyndall — dije —. Vamos adentro y prepare todos los elementos de cura posibles.

En el interior del edificio, despojamos a Krontar de su traje de vacío. Efectivamente, tal como había supuesto, el hombre estaba herido, y de bastante gravedad, a juzgar por las ropas interiores, casi completamente empapadas de su propia sangre.

Lo llevé en brazos a una habitación, a la cual vino Lyndall con una bandeja llena de vendas y medicamentos. Dejando a Krontar desnudo de la cintura para arriba, procedí a curarle.

Tenía dos heridas de feo aspecto en el pecho, causadas, al parecer, por arma blanca, amén de un tajo en la pantorrilla que casi se la abría en canal. La pérdida de sangre había sido abundante, pero en el asteroide había plasma para casos de emergencia, de modo que, una vez restañada la hemorragia y cosidas y desinfectadas las heridas, cuando

el plasma ayudó a la débil circulación sanguínea del herido, los colores del rostro aparecieron poco a poco.

Vi que era un magnífico tipo, de más de uno ochenta de alto, fornido, robusto, de apenas treinta años terrestres de edad, con unas facciones no exentas de varonil belleza, aunque ahora, y como consecuencia de sus sufrimientos, aparecían demacradas. Le di un par de inyecciones de glucosa para reponer pérdidas y, no teniendo otra cosa que hacer por el momento, lo dejamos dormir tranquilamente, pues del desvanecimiento había pasado a un plácido sueño.

Sin embargo, yo me quedé allí cuidándole, en tanto Lyndall descansaba también. Varias horas más tarde, y a indicación mía, pues me di cuenta de que el herido Iba a despertar, la muchacha vino con un tazón lleno de sustancioso caldo, que Krontar tomó sin darse aún mucha cuenta de lo que hacía.

Sólo fue al terminar cuando el siriano reparó en nosotros. Se sorprendió enormemente, y trató de sentarse en el lecho, pero yo se lo impedí.

—¿Quiénes... son ustedes? — preguntó con voz débil.

Nos presentamos. Krontar dejó caer la cabeza hacia atrás, sonriendo levemente.

—¡Extraordinario!—dijo—Una mujer, bellísima por cierto, y un «robot», maravillosamente construido. Es la más extraña combinación de que he oído hablar jamás.

—Peores las hay, príncipe—dije; y luego agregué—: Yo no puedo hacerlo, pero sí la señorita Curtis, y ella querrá saber, sin duda, qué es lo que le ha ocurrido a usted para encontrarse en tan mal estado.

—Tienen razón ustedes — declaró Krontar—. Les debo una explicación y voy a dársela ahora mismo. Es corta; con cuatro palabras está dicha. Soy el príncipe heredero de Krontaria, y no hace muchos días, un usurpador llamado Armin, ayudado por algunos de sus fieles secuaces, mató a mí padre, Drontar, y luego trató de hacer lo mismo conmigo. Advertido a tiempo por algunos leales, pude huir de la capital de mí reino en una nave, pero apenas habíamos pasado al hiperespacio, cuando estalló una sublevación en la nave. La mayoría de los tripulantes estaban a favor de Armin e intentaron apresarme para llevarme a él y ganarse así la fuerte prima que el usurpador ha establecido por mi cabeza. Los pocos amigos que nos acompañaban y yo nos defendimos encarnizadamente, haciendo una carnicería en los

amotinados, pero también mis amigos fueron cayendo uno a uno, hasta que al fin quedé yo solo en la nave, a punto de morir. La nave apareció aquí, guiada automáticamente, pero como no había nadie que se cuidara de disminuir la tensión de los motores una vez vuelta al espacio normal, éstos empezaron a dar señales de inestabilidad. Y yo apenas si tuve fuerzas para hacer otra cosa qué una llamada de socorro que, afortunadamente, fue oída por ustedes. No sé aún cómo pude ponerme el traje de vacío; francamente, lo considero como un milagro.

—Bueno — dije, cuando Krontar hubo acabado de hablar—; por el momento, príncipe, está usted a salvo. Pero, ¿qué hará cuando se haya curado del todo?

—Iré a la Tierra — dijo enérgicamente.

—¿Para qué?

—¿Y tú lo preguntas, Kabé? ¿Es que no sabes que Krontaria y vuestro planeta tiene establecido un pacto de amistad?

—Bueno, bueno — dije—; sobre eso habría mucho que hablar. Sí existe ese pacto; pero es entre los Gobiernos. Si el de la Tierra reconoce al de Krontaria, ¿qué papel será el suyo allá abajo pidiendo una cosa que no le pueden conceder?

Krontar objetó:

—Pero Arnim mató a mi padre.

—Sí, ya lo sabemos —objeté—. Sin embargo, si el Gobierno terrestre reconoce al nuevo Gobierno de Krontaria, de nada le servirán sus apelaciones, príncipe. Tenga en cuenta que el pacto está establecido entre dos entidades, como son los respectivos gobiernos; no entre el rey de Krontaria y el presidente de la Tierra.

Mis palabras impactaron duramente en el ánimo de Krontar, el cual me miró con ojos desmesuradamente abiertos. Continué:

—A la Tierra no le importan los asuntos internos de vuestro país con tal de que no amenacen su seguridad. ¿Tiene Arnim intenciones de declararnos la guerra?

—No… no lo creo, Kabé.

—¿Lo ve usted, príncipe? Lo único que ocurrirá, será que la opinión

pública terrestre llame asesino y usurpador a Arnim, pero me supongo que a éste la opinión ajena, sobre todo cuando se ha decidido a dar un paso tan sensacional, le tendrá sin cuidado, ¿no es así?

—Efectivamente, Kabé — murmuró Krontar con voz débil—. Tienes razón; esa es una contingencia con la cual yo no había contado.

Hubo un momento de silencio, roto luego por el joven.

—Kabé, ¿quiere decir esto que me he de convertir en un desterrado?

Miré a Lyndall, silenciosa durante nuestro diálogo, y luego lo miré a él.

—Depende de cómo se consideren las cosas, príncipe. En su lugar, yo procuraría reponerme primero. Después, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Con su permiso —dije—; tengo algo que hacer en el observatorio.

Dejé a los dos jóvenes allí, con la seguridad de que la presencia de la muchacha aliviaría no poco los sufrimientos morales de Krontar y, mientras tanto, yo puse al corriente el trabajo que tenía retrasado, pues ya se iba acercando la hora de mi relevo y debía dejarlo todo en condiciones. Mis circuitos suspiraban por un lugar más ameno y distraído que aquel y hasta a un «robot» le gusta sentarse en el césped, a la orilla de un remanso, tomando el sol pacíficamente.

Tres semanas más tarde, podía decirse ya que Krontar estaba como si no le hubiera ocurrido nada. Sus fuerzas volvían día a día, y aunque la muchacha y él se habían hecho excelentes amigos, llegó un momento en que Lyndall perdió el buen humor que hasta entonces había tenido, y su carácter se nubló, concentrándose en sí misma.

Extrañado, Krontar vino en mi busca unos días más tarde, preguntándome por ios motivos de la extraña actitud de la chica. Se lo conté todo de arriba abajo.

—De modo que Lyndall está acusada de asesinato, ¿eh? —murmuró Krontar pensativamente.

—Nada de acusada, príncipe; condenada, que es muy diferente, y que significa que se ha demostrado que ella fue la que cometió el crimen.

—¡Eso es absurdo, Kabé! ¡Ella no lo pudo hacer! —protestó vivamente mi interlocutor.

Me eché a reír sarcásticamente.

—Lyndall es una belleza, pero he conocido a mujeres cien veces más guapas que degollaron a sus esposos con la misma tranquilidad que usted se fuma un cigarrillo.

—¿Quiere decir eso que tú la crees culpable, Kabé?

—Oh… Uno es un «robot», príncipe, y está obligado a aceptar las decisiones de los seres humanos…

—¡Deja ya de portarte como un «robot» y habla como un hombre, Kabé! ¡Quiero tu opinión sincera! —gruñó Krontar de mal talante.

—Tendría que conocer al detalle el proceso, príncipe, para poder formarme una opinión. Hasta ahora sólo la he oído a ella; pero siempre es conveniente conocer la opinión de la parte contraria.

—Es eso tienes razón, Kabé. Sin embargo, sea como sea, yo no la creo una asesina.

—Admiro sinceramente su fe, príncipe. Bienaventurado usted, que no vio y cree. Y ahora, si le he de decir la verdad, la chica se lo merece.

—¿Se merece… el qué, Kabé?

Hice un gesto de impaciencia.

—No «qué», sino «quién». Usted, ¡caramba!

Vi que Krontar enrojecía como un colegial y sonreí maliciosamente.

—Kabé…

—Diga, príncipe.

—¡Tú crees que si yo voy y… y le hablo… de…?

—Mire, príncipe, no me gusta engañar a nadie, de modo que procuraré ser franco. En otras circunstancias, Lyndall se le colgaría del cuello. Ahora…

—Ahora, ¿qué, Kabé?

—¿Por qué se cree que se ha apartado de usted y de mi estos días? Antes de seis semanas estará aquí el relevo.

—¿Y qué?

—Pues que, para mí, tiene bastante con un destornillador. En cambio, con usted, la cosa va a ser un poco más difícil.

—No te entiendo, Kabé —dijo el príncipe.

—Pues es bien sencillo —refunfuñé—. A Lyndall no le conviene que la vuelvan a hacer prisionera de nuevo, devolviéndola a la penitenciaria. Quiere quedarse sola en el Observatorio para, cuando lleguen los dos hombres de relevo, hacerlos callar y poderse así marchar tranquilamente, sin que sospechen de ella.

Krontar se frotó la mandíbula.

—Tiene razón — dijo—, y nosotros debemos evitar que suceda eso a toda costa.

—Lo hará usted, príncipe; yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque los que van a venir son humanos, y si yo interviniera, les causaría daño, cosa que mis circuitos me prohíben, ¿comprende?

—Entonces — dijo Krontar con los ojos brillantes—, yo la ayudaré.

Procuré disimular la mala impresión que las palabras del príncipe me habían producido. Y, lo cierto es que me hallaba ante un dilema de difícil, por no decir imposible solución para mí. Si avisaba a los del relevo, dañaría a Lyndall. Si no los avisaba, ésta sería, la que los hiciera daño, pues estaba convencido de que, por salir de allí y no volver a Plutón, la muchacha sería capaz incluso de disparar. ¿Qué podía hacer yo?

Afortunadamente, alguien resolvió por mí una semana más tarde, cuando la tensión estaba alcanzando ya límites intolerables, tanto para unos como para otros. Krontar se había puesto decididamente del lado de la muchacha y, aunque no me lo había dicho, estaba dispuesto a ayudarle, al precio que fuera. El primer pago, naturalmente, había de ser el de mi pila atómica, cosa que, como puede comprenderse, tenía mis válvulas sometidas a un voltaje fuera de lo corriente.

Al cabo de dicho plazo ocurrió lo inesperado. Una enorme y poderosa nave no terrestre apareció repentinamente junto al asteroide. Los detectores empezaron a zumbar alarmantemente, pero tarde ya para

ello.

Un tropel de hombres equipados con escafandras y armados hasta los dientes, salieron de la astronave que flotaba a escasos metros por encima de nuestras cabezas, encaminándose rectamente hacia la compuerta de acceso al observatorio. En vano fue que pidiéramos auxilio; nuestras comunicaciones estaban interferidas, y todos nuestros esfuerzos resultaron completamente inútiles.

Desde el exterior alguien nos conminó a abrir inmediatamente.

—Si os negáis—, añadió—, volaremos las esclusas y moriréis por falta de aire.

Miré a Lyndall y Krontar, muy pálidos los dos, pero sin el menor signo de temor en sus semblantes. Sin pronunciar una palabra, alargué la mano e hice funcionar el mando de apertura de la esclusa.

—Lo siento — les dije—; pero éste es un mal menor.

Comprendieron mi excusa y asintieron en silencio. Los intrusos no tardaron en presentarse ante nuestra vista. Prudentemente, di uno paso atrás.

A la cabeza del grupo de invasores venía un hombre altísimo, fornido, literalmente un Hércules, cuyos negrísimos ojos chispearon apenas se hubo despojado del casco. Nos miró uno a uno, empezando por el príncipe.

Luego, soltó una atronadora carcajada.

—¡Bien, Krontar! —dijo—. Me alegro de encontrarte aquí.

—Yo, no, Skud —masculló el joven—. Y lo único que lamento es estar desarmado; de lo contrario, te haría saber prácticamente el castigo que te mereces, por haber osado alzarte en armas contra tu príncipe.

—¡Bah! ¡Palabras, palabras! —exclamó despectivamente el llamado Skud—. Mi rey es ahora Arnim...

—¡Un asesino!

—O un justiciero, según del lado de donde se miren las cosas, Krontar. Recuerda que tu padre no poseía la benevolencia como una de sus virtudes principales.

—¡Pero era justo!

—También hay que considerar eso mirándolo desde el otro lado… que es el nuestro, Krontar. A mí me parecía todo lo contrario.

—¡Naturalmente!—estalló el joven—. A ti te parecía injusto el que un hombre venal, codicioso, embustero y borracho, fuera postergado y mal visto por mi padre. ¿Cuál ha sido el precio de tu traición, Skud? Pero no, ya lo estoy viendo; te ascendieron a general, ¿verdad?

—Tú lo has dicho, Krontar; y ahora yo soy el hombre de confianza del rey Arnim. El encargado de buscarte y llevarte a Krontaria, a presencia de quien ahora manda y gobierna en nuestro mundo. Por cierto, nos has dado bastante trabajo para hallarte, pero creo que Arnim lo dará todo por bien empleado.

—¿Qué piensas hacer ahora conmigo?

—¿No te lo acabo de decir, Krontar?

—¿Y… y éstos? — dijo el joven, señalándonos.

—¡Bah! ¡Terrestres…! Si no fuera porque la maldita política está de por medio… Pero Arnim me ha encargado especialmente que no me meta con los terrestres, para así evitar cualquier incidente interplanetario. Los dejaré aquí, aunque bien me gustaría aplicar una carga demoledora al pedrusco y hacerlo volar con los dos. Pero, ¡basta ya de charla! ¡Guardia—ordenó el general—: llévense al prisionero Krontar a la nave!

Los guardianes le rodearon.

Antes de salir, el joven estrechó ambas manos de Lyndall, por cuyos ojos vi rodar pesadamente una lágrima, y luego el príncipe se despidió afectuosamente de mí.

—¡Adiós, Kabé!—me dijo—. Te has portado maravillosamente conmigo y, en lo poco que me queda de vida, siempre te recordaré con inmenso agradecimiento.

Y su voz no temblaba.

—He cumplido con mi deber — murmuré, haciéndole una reverencia.

Luego se lo llevaron.

Cuando la nave siria hubo desaparecido, Lyndall no se pudo contener y estalló en sollozos. Aguardé a que su natural dolor se hubiera

calmado, y entonces le dije:

—Lyndall, ¿le agradaría ir a Krontaria, la patria de Krontar?

Me miró extrañada.

—Sí... pero, no le veo el objeto a ese viaje. ¿Para qué?

—¿No le gustaría salvar a Krontar, o al menos intentarlo?

Los ojos de la muchacha se iluminaron de esperanza.

—¿Tú crees sinceramente que la empresa es factible, Kabé?

Hice un gesto típicamente humano: rascarme la mejilla con el pulgar.

—No lo será si nos quedamos aquí. Pero, si lo intentamos...

—¿Y cómo, Kabé? No tenemos ninguna nave a mano... ¡y el relevo va a llegar dentro de un mes!

—Déjeme pensarlo, Lyndall. Hay, debe de haber un medio de salvar al chico de la suerte que le espera... y yo creo que, al fin, podré encontrarlo.

CAPÍTULO IV

El tiempo, mientras tanto, volaba, y cada día se veía más cercano el momento del relevo. Lyndall adelgazó a ojos vistas, y cada vez que me veía, me miraba de un modo acusador, lleno de mudos reproches que no se atrevía a expresar en voz alta. Y yo no dejaba de buscar la solución, durante las veinticuatro horas del día, sin que consiguiera encontrarla.

Hubo de ser la propia Lyndall la que me la diera, al hojear un libro distraídamente, ya a menos de diez días del relevo.

—¿Qué es esto, Kabé? — inquirió la muchacha mostrándomelo.

—El libro de marcación de órbitas y viajes de astronaves durante…

—Durante, ¿cuánto tiempo, Kabé? ¿Por qué has callado de repente?

Hay circunstancias en las que uno, a fuerza de rozarse con los seres humanos, reacciona como si fuera uno de ellos. Y en aquel momento me estaba portando exactamente igual.

—¡Ya lo tengo!—exclamé, y sin más preámbulos, arrebaté a Lyndall el libro de las manos, hojeándolo frenéticamente.

Mi vista no es corriente. Con ver una página de un libro durante un sólo segundo, tengo suficiente para que todo lo que hay impreso en ella se me grabe indeleblemente, «escondiéndose» en el circuito correspondiente, de donde únicamente «sale», cuando su recuerdo es requerido por las circunstancias. Pero el libro de marcaciones de órbitas era uno de los que no había tocado durante mi estancia en el asteroide, y ahora me estaba arrepintiendo de ello.

Al fin, encontré lo que buscaba. La nave «Cormorán», un carguero tipo «tramp», pasaría dos días más tarde por la espaciolínea 12 T, una de las más próximas al asteroide. Iba al mando del capitán Silver y llevaba un cargamento de víveres a Titán, el sexto satélite de Saturno, en donde tomaría otra carga, si la había, para donde le encargara el presunto fletador. Y el capitán Silver ya procurarla buscarse una carga, pues no resulta nada económico regresar a la tierra de vacío, por muy remunerador que haya sido el cargamento de ida.

—Creo —dije—, que ésta es la nave que le conviene, Lyndall. Ahora bien —agregué—, si quiere que yo la acompañe, ha de darme órdenes; de lo contrario, tendré que esperar la llegada del relevo.

La muchacha sonrió pícaramente.

—Estoy seguro de que nada te sería más agradable que venir conmigo, Kabé. Dime, «fabricaron»para ti, especialmente, algún circuito que te hiciera desear las aventuras?

Me eché a reír.

—No; pero en lugar de darme forma humana, debieron haberme dado la de una calculadora electrónica. No sabe bien las válvulas que me hubiera ahorrado.

Dos días más tarde, en efecto, pasó la «Cormorán» a nuestra altura, y entonces llamé a su capitán.

—¿Qué es lo que desean de mí?

—Simplemente que equipare su órbita a la del asteroide y nos recoja a los dos.

—¿Y después?

—Se lo contaremos durante el viaje a Titán, capitán.

—Oiga, amigo—gruñó Silver—, ¿sabe usted el combustible que voy a derrochar con esta corrección de rumbo? ¿Acaso piensa que hay estaciones de repuesto a la vuelta de cualquier esquina?

Callé un instante. Aquella era una contingencia que mis circuitos no habían previsto. Pero Lyndall fue la que halló el remedio.

—No se preocupe, capitán Silver; yo puedo arreglar ese asunto a completa satisfacción suya.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Lo siento, capitán; pero no me gustaría andar divulgando por el espacio. Acérquese, y le prometo que no lo lamentará.

—Es muy fácil decirlo, pero le advierto, señorita, que yo no vivo de promesas, sino de «garants» contantes y sonantes.

—Después de que nos haya tomado a bordo del «Cormorán», los tendrá en tanta abundancia que hasta le dará asco el dinero.

Silver soltó una enorme carcajada.

—¡Bonitas palabras, guapa! El dinero es, precisamente, una de las cosas que nunca me han repugnado. Bien, voy a ir para ahí, pero si veo que me han engañado, les .arrojaré sin escafandra al espacio, ¿entendido?

—De acuerdo, capitán —dijo Lyndall, y se volvió hacia mí, con los ojos brillantes por la excitación.

—¿Cómo piensa usted pagarle al capitán Silver, Lyndall? Yo no tengo, porque no lo necesito, un céntimo. Y me parece que usted, aunque sí lo necesite, no debe llevar un solo «garant» encima.

Lyndall se señaló la frente.

—Tengo aquí —dijo—, algo que vale billones de «garants», Kabé.

Respingué sin poderlo evitar.

—¿Cómo, Lyndall? ¿Va usted a desprenderse de la fórmula del profesor Bahrein? Pero...

—No se hable más del asunto, Kabé; lo he decidido así, y así lo haré.

Meneé la cabeza.

—Debe de querer mucho a Krontar, ¿verdad?

—¿Es necesario que conteste a esa pregunta, Kabé?

—Por mí...—me encogí de hombros—. Pero, si mal no recuerdo, creo haber hablado cuando vino aquí del príncipe azul y que...

—¡Kabé! O te callas o te quito la pila atómica,

Me encogí de hombros.

—Los humanos, sea cualquiera que sea el sexo a que pertenecen están chiflados. Mira que...

—¡Kabé!

—Bueno, bueno, si se pone usted así...

Cuando estuvimos a bordo del «Cormorán», Silver nos condujo directamente a su cámara. Deliberadamente, dejé que Lyndall fuera la que llevara el peso de las negociaciones. Cuando terminó de hablar, el capitán se frotó la mandíbula.

—¿Y cómo sabré que eso es verdad, muchacha?

—Si no me cree, póngase en contacto con la Fortaleza Negra y diga que no he muerto, que estoy viva, porque engañé a las patrullas de persecución. Por la captura de un penado evadido se pagan dos mil «garants» de recompensa, capitán.

—El combustible consumido en la corrección del rumbo vale mucho más, señorita — gruñó Silver.

—Yo le ofrezco el medio para resarcirse un millón de veces lo que ha gastado en tomarnos a bordo, capitán.

—Oí hablar del profesor Bahrein —dijo Silver pensativo—, pero, la verdad, no he creído nunca en tales fantasías.

—Podrá comprobarlo personalmente en cuanto hayamos llegado a

Krontaria. Allí no será difícil hallar un laboratorio en el cual preparar la fórmula. Le aseguro que con la cuarta parte del combustible podrá regresar a la Tierra, costándole una infinidad menos.

Pero Silver era un tipo duro y difícil de convencer. Mientras que él y Lyndall seguían discutiendo, yo percibí otro sonido que no podía confundirse en modo alguno con el de su vivo diálogo.

Tengo unos oídos hipersensibles, y no me fue difícil saber que alguien, subrepticiamente, acababa de acercarse a la puerta de la cámara y estaba escuchando con la oreja pegada a la puerta. Sigilosamente, sin que los dos contendientes dialécticos se dieran cuenta de lo que hacía, me aproximé a aquel punto.

Abrí la puerta bruscamente, de modo por completo inesperado, y un hombre estuvo a punto de caer en el interior de la cámara. Silver se levantó, rojo de cólera, increpando al tipo, quien trataba de componerse y adoptar una inocua actitud.

—Señor Borglum, ¿puede saberse qué hacía usted aquí, en la puerta de mi cámara?

Una de las cosas que, a través de los siglos, se han conservado más rígidamente, es el tratamiento entre los oficiales de una astronave, absolutamente idénticos a los que se daban antaño a bordo de un barco. El hombre trató de balbucear una excusa cualquiera.

—Pasaba por aquí, señor...

—¡Capitán, señor Borglum! Usted es el segundo de a bordo; ¿qué diablos hace fuera de su sitio?

—Escuchando lo que hablábamos, sin duda —dijo Lyndall, muy pálida.

—¡Eso no es cierto! —dijo Borglum, pero no sabía mentir—. ¡Yo...!

—¡Cállese usted, señor. Borglum! Su conducta es indigna de un oficial astrogador, y jamás he tolerado que nadie, a bordo del «Cormorán», trate de inmiscuirse en los asuntos del capitán... que soy yo. Señor Borglum, resigne el mando en el teniente Pack, y váyase a su cámara hasta nueva orden.

—¡Ese trato es injusto, capitán Silver! ¡Soy un oficial y...!

—¡Lo era! —tronó el comandante del carguero.—. Ahora ya no es más

que un simple tripulante, a quien desembarcaré en cuanto lleguemos a Titán, ¿me ha entendido?

—Elevaré mi protesta ante la subsecretaría de Astronáutica Mercante...

—Elévela usted ante quien mejor le parezca, señor Borglum. No olvide que, en todo caso, además del capitán, soy el propietario de la nave, y que a bordo de ella, tengo autoridad para hacer y degradar oficiales, ¿me ha oído?

—Tengo un contrato como segundo oficial...

—¡Lo tenía! —aulló Silver—. Después de lo que ha hecho, queda cancelado, señor Borglum.

—Pagará usted...

—¡Le pagaré a puntapiés si no se marcha inmediatamente! ¡Fuera de aquí, villano!

Arrojándonos unas miradas cargadas del más selecto rencor, Borglum se marchó, refunfuñando algo entre dientes. Lyndall, muy pálida, miró a Silver.

—Capitán, ese tipo se irá de la lengua.

—No —sonrió Silver—, porque yo tengo en este momento la llave de la cámara de comunicaciones y nadie puede hablar sin mi permiso.

—Pero no lo podrá tener secuestrado en tanto hacemos la escala de Titán.

—Ya nos arreglaremos, señorita —rió el capitán de buen humor—; no se preocupe por ello, y deje el asunto en mis manos.

Cuando nos hubimos quedado solos, Lyndall me miró inquisitiva.

—Comenta lo que acaba de pasar, Kabé — me ordenó.

—Para mí —repuse—, el segundo no ha podido hacer peor cosa que la que ha hecho. El capitán Silver es de los obstinados que para ir al Polo Sur es preciso arrastrarlos en dirección opuesta, y eso es lo que acaba de suceder. Basta que alguien se haya opuesto a su idea, para que inmediatamente él la ponga en práctica.

—¿Tú crees, Kabé?

—No tengo la menor duda —afirmé, plenamente convencido; pero lo que no sabía es que los hechos iban a suceder de modo muy distinto a como nosotros habíamos calculado.

Estábamos aún comentando lo que acababa de suceder, cuando de pronto estalló un fenomenal griterío en la nave, mezclado con un par de disparos. Lyndall se puso rápidamente en pie, mirándome muy pálida.

Antes de que pudiera hacer ninguna pregunta, la puerta de nuestra cámara se abrió repentinamente, y un par de hombres armados aparecieron fuera, encañonándonos y, por la expresión de los rostros de sus dueños parecían dispuestos a utilizarlas a la primera oportunidad.

—Salgan fuera con las manos en alto — nos conminó uno de los tipos.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Con qué derecho...?

—gritó Lyndall.

—¡Cállese, guapa! Aquí no hay otro derecho que el de las pistolas. Esto es un motín, ¿sabe?

—¡Un motín!—exclamó ella—. ¡Absurdo! ¡Hoy día...!

—No es una sublevación como usted se piensa, señorita. No tenemos intenciones de apoderamos de la nave y su cargamento, sino, simplemente, hacer qué se cumplan las leyes. Y usted es una fugada de la Fortaleza...

—¡Cállate, Smith! —gritó su compañero repentinamente—. A estos tipos no les importa lo que hacemos. ¡Vamos, vengan con nosotros!

La amenaza de las pistolas era más que suficiente para hacernos obedecer. Altas las manos, pisando con infinito cuidado, seguimos a aquellos individuos hasta encontrarnos de pronto con el capitán Silver quien, de pie, con el rostro congestionado hasta el borde mismo de la apoplejía, discutía ferozmente con su ex segundo.

—Esto le va a costar la cabeza, señor Borglum. Se ha hecho reo de motín en plena órbita y...

—Cierre el pico, capitán. Veremos a cuál de los dos juzgan culpable cuando lleguemos a Titán. Usted me degradó porque no le convenía que yo supiera que tiene a bordo de la nave a una evadida del

presidio, ¿verdad? En lugar de arrestarla para entregarla a la justicia, ha conspirado con ella con el fin de evitar sea apresada de nuevo, ¿verdad?

—Me niego a contestar, señor Borglum, en tanto no me devuelva usted el mando de la nave. Soy el capitán y propietario, ¿se entera usted?

—Nadie le discute su condición de propietario, pero sí la de capitán, señor. Ahora el capitán soy yo y voy a encerrarle preventivamente hasta que lleguemos a destino. A estas horas ya estamos en comunicación con el destacamento de policía que hay en Titán, y saben que tenemos a bordo a la señorita Lyndall Curtiss, convicta de asesinato y evadida de la penitenciaria de Plutón, y saben también que usted trataba de ayudarla a esquivar la acción de la Justicia. Allí decidirán lo que hay que hacer con usted, señor; pero mientras tanto… ¡tengo que encerrarlo!

—¡No!—aulló Silver, ciego por la cólera—. ¡Señor Borglum, si se atreve usted a tocarme un pelo de la ropa, juro que le estrangulo aquí mismo con mis propias manos!

—No farolee usted, capitán. Vamos, camine usted hacia su cámara. Es el único favor que puedo concederle por ahora.

El ancho pecho del capitán Silver se ensanchó prodigiosamente merced a una colosal inspiración. Súbitamente, sin previo aviso, se arrojó sobre su segundo, con brazos y manos tendentes a alcanzar la odiada garganta de Borglum.

Pero éste no se amilanó. Retrocedió un par de pasos y, sin el menor empacho, vació el cargador de su automática en el vientre de Silver.

Las detonaciones resonaron estruendosamente en aquel reducido ámbito. Lyndall gritó, metiéndose luego un puño en la boca, en tanto el cuerpo de Silver, casi instantáneamente sin vida, se balanceaba con trágica ridiculez adelante y atrás, sin llegar a caer al suelo, a causa de la falta de gravedad existente en el «Cormorán». Unos siniestros glóbulos de color rojo brotaron de orificios abiertos por los balazos, esparciéndose lentamente por el corredor, hasta que alguien cortó aquella espeluznante visión poniendo en marcha el aspirador.

Borglum se volvió entonces, mirándonos a nosotros y al resto de la tripulación.

—Ustedes vieron lo que ocurrió: el capitán Silver intentó atacarme y me defendí. Espero que lo atestigüen así en la Corte de Justicia de la

Astronáutica Mercante.

Hubo algunos murmullos entre los tripulantes, algunos de los cuales no fueron precisamente de aprobación, por el gesto que su nuevo capitán acababa de realizar. Pero, como en cierto modo, Borglum no dejaba de tener razón, la cosa no pasó a mayores. Un par de hombres tomaron el cadáver del capitán, llevándoselo a la escotilla para arrojarlo al vacio. En cuanto al segundo, ahora comandante de la nave, se volvió hacia nosotros.

—Señorita, señor Kabé, lamento infinito el espectáculo que acabo de darles, pero no me quedaba otro remedio. En cuanto a usted, señorita Curtiss, me veo en la precisión de encerrarla hasta entregarla a las autoridades competentes en Titán.

Ella asintió silenciosamente; ¿qué otra cosa podía hacer? En cuanto a mí, advertí una cosa al instante: Borglum no sabía que yo era un «robot». Consulté rapidísimamente con mí electrónico subconsciente y no hallé en él nada que me obligara a declarar mi robótica condición, a no ser que se me interrogara expresamente. Por lo tanto, pues, y con objeto de jugar con ventaja en favor de la chica, decidí cerrar el pico, en tanto no fuera obligado a ello.

—Usted, señor Kabé — dijo Borglum—, queda en libertad por el momento, aunque, sí he de ser veraz, no alcanzo a comprender mucho su papel al ledo de la señorita Curtiss. Espero no nos ponga ningún obstáculo al cumplimiento de nuestro deber.

—Por supuesto, capitán —dije, moviendo afirmativamente la cabeza —. Sé de sobra qué es y qué puede hacer a bordo de su nave su comandante, y procuraré portarme lo mejor posible en tanto dure el viaje a Titán.

—Agradezco de veras sus palabras, señor Kabé. Nada más; puede retirarse.

Estreché la mano de Lyndall con un «¡Valor, muchacha!», que ella agradeció con una triste sonrisa, y luego los dos nos separamos, encaminándonos a nuestras respectivas cámaras.

En lo que a mí se refiere, me encerré en la mía y, con diversos pretextos, procuré salir de ella lo menos posible. Puesto que a bordo nadie sabía que era un «robot», tenía, especial interés en no mostrarme en público especialmente a las horas de las comidas, cosa que hubiera resultado un serio compromiso, del cual salí, arrojando los contenidos de los platos que me servían en la cámara por el

expulsor de desperdicios.

El viaje prosiguió sin incidentes, y ya veíamos el blanquecino disco de Titán, destacando como un inesperado forúnculo de los anillos de Saturno, en pleno espacio, cuando un buen día, de repente, la puerta de la cámara se abrió y un tripulante penetró en ella.

Lo reconocí al instante: era el que en compañía de Smith, nos había hecho salir de la cámara el día del motín.

CAPÍTULO V

En el interior de mi estructura, la válvula de la prudencia envió unos destellos de advertencia, frenando así los impulsos del circuito de la sorpresa. Fingiendo, pues, indiferencia permanecí sentado en el borde de la litera, balanceando las piernas, en tanto que contemplaba el espectáculo de Saturno y sus satélites a través del ojo de buey que tenia a mi lado.

—¡Por favor! —siseó el recién llegado—. No haga ruido o estamos perdidos.

Lo miré con aire de superioridad.

—¿Quién es el que está haciendo ruido? y sobre todo, ¿quién está perdido?

Antes de contestarme, el hombre, como un traidor de melodrama, aplicó el oído a la puerta y escuchó atentamente durante unos segundos. Satisfecho al fin, se incorporó y vino hacia mí sigilosamente.

—Por favor, Kabé — repitió—, no diga a nadie lo que le voy a relatar.

Me encogí de hombros.

—No creo que sea de gran interés para mí. ¿De qué se trata?

—Tú eres amigo de la señorita Lyndall, ¿verdad? 'Fruncí el ceño.

—Oye, pollo, ¿qué confianzas son ésas? ¿Quién te ha autorizado a

suprimir el tratamiento que...?

—No intentes pasarte por lo que no eres, Kabé. La señorita Lyndall me ha dicho que eres un «robot» muy amigo de ella.

—¿Si? ¿Dónde lo has soñado, amiguito? Y sobre todo y lo primero: ¿cómo diablos te llamas?

—Francisco Rodríguez, y soy nacido en la Provincia Uruguaya. Puedes creerme, Kabé; me envía la señorita Lyndall.

—¿Para qué? — dije, como si lo creyese.

—Para que la ayudes. Estamos ya a menos de dos días de Titán, y la Policía está advertida. En cuanto lleguemos, le echarán la zarpa y la devolverán a Plutón.

—¿Y qué pretende la chica que haga yo?

Rodríguez se encogió de hombros.

—No lo sé. Quiere que pienses y, que, sobre todo, recuerdes que Krontar está en un grave peligro.

—A estas horas, Krontar está más frío que mi abuelo —dije sarcásticamente, pensando en que acaso mi abuelo habría sido un pedazo de carbón o un lingote de hierro—. Bueno, ¿y cómo espera que la saque de aquí? Si, como dice, soy un «robot», no puedo liarme a tiros con vosotros que sois humanos; ello va contra...

—Lo sé, lo sé —dijo el uruguayo agitando nerviosamente las manos—. Pero lo único que te pedimos es que nos des la solución; lo demás vendrá por añadidura.

Solté una leve risita, muy bien construida.

—¿Por qué no le pegáis un tiro al nuevo capitán?

—dije, seguro de que ya habrían considerado tal posibilidad —. Él se hizo el amo de la nave mediante un motín; repetid vosotros la misma faena.

—No puede ser—dijo Rodríguez muy desalentado—; tiene a su lado a cuatro o cinco, fieles en extremo, que son los únicos armados.

—¿Y los demás?

—Consideran que el capitán Silver obró quizá mal al dar asilo a una evadida de la Fortaleza Negra, pero que tampoco era como para llenarle el cuerpo de plomo, ¡rayos!

—¿Quiénes son los que están al lado de Borglum?

—Smith, Callicut, McCaffery y un tibetano llamado Hensing.

—¿Qué clase de tipos son?

—Tan granujas como el capitán. Además, se pasan todo el día cuchicheando entre sí. Kabé, esa pandilla no me gusta un pelo. Para mí que están tramando algo nada bueno.

—¡Sí? ¿Acaso vendernos como esclavos. Rodríguez? — ironicé.

—No digas tonterías—bufó el uruguayo—. Algo mucho peor.

—Por ejemplo...

—Liquidar a todos cuantos no estén de acuerdo con ellos y luego dedicarse a la piratería.

—¡Hum! Esa profesión no suele resultar muy lucrativa, Rodríguez. A ver si resulta que Borglum sólo estaba aguardando la ocasión propicia para hacerse con la nave.

—Eso es lo que opino yo y la mayoría de cuantos estamos aquí. Con encerrar al capitán Silver... ¿qué digo encerrar?, con haberle denunciado en cuanto hubiéramos llegado a Titán habría habido más que suficiente.

—Bueno, ¿y qué podemos hacer nosotros... es decir, vosotros? ¿Tenéis armas siquiera?

El uruguayo meneó tristemente la cabeza.

—No. Cuando se acabó todo, Borglum nos las recogió y las guardó en su cámara. Fuera de algunos destornilladores y llaves inglesas, no tenemos otra cosa encima.

—Pobre argumento para competir siquiera con unas pistolas aunque éstas sean tan anticuadas como las de pólvora. Además, para mí, ése no es el camino.

—¿Cuál, pues?

Me encogí de hombros.

—Dame unas horas de tiempo, Rodríguez. Ven luego, a la hora de la cena, ¿sabes?

El uruguayo juntó el índice y el pulgar, guiñándome luego el ojo.

—O. K, Kabé — dijo, y se esfumó con las mismas precauciones con que había venido hasta mi camarote.

Cuando me hube quedado solo empecé a reflexionar, encomendando la mayoría del trabajo a mis circuitos mnemotécnicos. Hube de emplear algún tiempo antes de llegar a la conclusión de que aquella situación era relativamente nueva para mí y que tendría que relacionar entre sí las soluciones tomadas en otros casos para alcanzar la que a mi me interesaba en aquel momento.

En aquellos instantes renegué más que nunca de mi robótica condición, que me impedía pegar tan siquiera un buen puñetazo a un hombre. ¡Y con qué gusto habría yo machacado las narices del granuja de Borglum!

De pronto una chispa de inspiración titiló en una de mis numerosas lámparas. Obedeciendo instantáneamente al impulso, me puse en pie.

Caminé por el corredor, hasta hallarme a la altura de la cámara del capitán, a cuya puerta llamé con mis nudillos. Alguien me dio permiso para entrar y abrí.

Arrugué la nariz al ver el espectáculo que había allí, comprendiendo al instante las prevenciones de Rodríguez y sus compañeros de tripulación. Borglum estaba tumbado en una hamaca, con una botella de «whisky» en las manos, de la cual, y por medio de una jeringa de goma, extraía grandes cantidades de licor. Los demás, Smith, Callicut y McCaffery, con excepción de Hensing, que resultó ser de religión mahometana, soplaban también de lo lindo. Realmente, la cámara aquella parecía una cueva de bandidos.

—Adelante, señor Kabé, adelante — dijo Borglum de buen humor—. ¿Un traguito? —cargó la pera y me la ofreció.

Denegué con la cabeza.

—Gracias, capitán, pero soy abstemio desde pequeño.

Alguien se echó a reír.

—Lo mismo que Hensing. ¡Vaya una pareja de estúpidos!

—¡Cállate, animal! —gruñó Borglum, dirigiéndose a McCaffery. Luego me miró a mí—: ¿Qué puedo hacer en su obsequio, señor Kabé?

—No he visto a la señorita Curtiss desde que usted la encerró.

—¿Sólo se trata de eso? Muy bien, señor Kabé; una excelente y humanitaria idea la de consolar al preso, sobre todo cuando éste es una mujer joven y bonita, ¿eh?—y al pronunciar las últimas frases Borglum guiñó alegremente el ojo a sus compañeros, los cuales prorrumpieron en grandes carcajadas.

—Muchas gracias, capitán —repuse lacónicamente.

—Ah, señor Kabé; pero no se crea que va a ir solo. Hensing le acompañará. Usted sabrá disculparme si tomo mis precauciones, ¿verdad?

—Las encuentro muy lógicas, capitán, y una vez más le expreso mi sincero agradecimiento.

—De nada, de nada, señor Kabé. ¡Hensing!

—Si, capitán — dijo el tibetano, poniéndose en pie y desenfundando una pistola de pavoroso aspecto.

Eché a andar, seguido por aquel individuo, que no cesaba de quitarme los ojos de encima. El camarote de Lyndall no estaba muy lejos.

Llamé con los nudillos.

—¡Adelante! —repuso ella.

Entonces Hensing abrió la puerta. Dio instintivamente un par de pasos y entonces oí el conocido ruido de un cuerpo duro al estrellarse contra un cráneo humano.

Hensing no cayó por la ausencia de gravedad. Una irritada Lyndall apareció entonces ante mis ojos, empuñando con ambas manos la bandeja de la comida, con la cual había asestado el golpe al tibetano.

Empujé aquel cuerpo inerte hacia adentro, y el inconsciente Hensing flotó en el aire, hasta chocar suavemente contra la pared opuesta de la cámara. Para entonces ya Lyndall se había apoderado de su pistola y me encañonó con ella, pero bajó la mano armada apenas me reconoció.

—¡Kabé!—exclamó con los ojos muy abiertos.

—¡Caramba, Lyndall! —exclamé todo sorprendido—. ¿Le dieron para comer corazones de tigre?

—No; pero ya estaba harta y decidí jugarme el todo por el todo en cuanto asomara alguien por la puerta de la cámara.

—Tuve suerte — dije—. Afortunadamente, fue Hensing el primero en meter la nariz.

—Nunca me habría perdonado si el bandejazo hubiera sido para ti, Kabé.

—Muy amable, Lyndall. Pero, una vez que ya se encuentra en posesión de un arma, ¿qué es lo que piensa hacer?

—Apoderarme de la nave —contestó fría y resueltamente la muchacha.

—¿Y cómo? ¿Usted sola?

—Más difícil era la fuga de Plutón, y ya ves, aquí estoy. Ahora, átame a ese idiota —dijo, señalando con el arma al desvanecido Hensing.

—Lo siento; no puedo.

.—Entiendo —dijo ella, despechada—. Atarlo es causarle un daño, ¿verdad? ¡Tú y tu maldita conciencia robótica!...

—Modere el lenguaje, Lyndall. Yo no tengo la culpa...

—Sí; ya lo sé. Te construyeron así, ¿verdad? —y mientras hablaba desgarraba en tiras las sábanas de su lecho, con las cuales lio al tibetano con una destreza de la cual no la hubiera supuesto capaz. Cuando terminó, me miró —. Tengo que darte unas órdenes, Kabé.

—Las cumpliré, siempre que...

—No sigas; de sobra sé cómo poder utilizarte. En cuanto yo te lo diga, te harás cargo de los mandos de la nave, ¿entendido?

Me llevé la mano a la frente.

—Sí, capitán — contesté, juntando al mismo tiempo los talones.

Ella sonrió, evidentemente complacida, y luego me indicó la puerta.

Salimos los dos, encaminándonos sigilosamente hacia la cámara del capitán, de la cuál salían roncas voces, entonando con notable desafinación algunas canciones báquicas, y, de pronto, sin previo aviso, la muchacha disparó el pie.

La puerta se abrió violentamente. McCaffery, de pie al lado de ella, fue sorprendido por el golpe y, arrojado a través de la estancia. Los demás se pusieron en pie, sorprendidos, sin comprender del todo lo que les ocurría, velada su inteligencia parcialmente por los vapores del alcohol.

— ¡Quieto todo el mundo! —gritó la joven—. ¡Al primero que se mueva lo desintegro!

—¿Qué... qué es lo que pretende usted, señorita?

—inquirió Borglum, mirando turbiamente a la muchacha.

—Simplemente una cosa: no volver a Plutón

—dijo ella, mintiendo, pues quería la nave para llegar a Krontaria.

—Le... le va a costar muy caro, señorita—balbució el capitán.

—Veremos lo que dice de usted la Corte de Justicia Astronáutica cuando se entere de que mató a Silver solamente para hacerse con su nave y dedicarse a la piratería espacial.

Vi que la flecha disparada por Lyndall había dado en pleno blanco. El rostro de Borglum tomó un tinte terroso.

—Eso... eso no es cierto. Él quiso matarme...

—La lástima es que no lo consiguiera — dijo ella fríamente—. ¡Kabé!

—¿Sí?

—Llama a Rodríguez. Tráetelo aquí inmediatamente.

El uruguayo no tardó en llegar. Sonrió complacido al ver el cambio de la situación.

—Rodríguez —dijo Lyndall—, a partir de ahora el capitán del «Cormorán» soy yo.

—Una excelente idea, señorita. Y puede estar segura de que la obedeceré muy gustoso en todo,

—Gracias, Rodríguez. Entonces voy a darle mi primera orden: encierre a estos tipos en la cámara que yo he ocupado hasta ahora. Hensing está allí, atado y amordazado.

Con rápida viveza, Rodríguez se apoderó de todas las armas que pudo hallar a mano. Con dos pistolas arreó a aquel abatido rebaño hasta el lugar indicado, trayendo luego la llave, que Lyndall guardó cuidadosamente en su seno.

—Rodríguez—dijo ella—, reúna ahora a toda la tripulación.

Una docena de hombres, de todos los tipos y todas las cataduras posibles, representando a la mayoría de las razas humanas, se presentó minutos después en la cámara, en la cual había espacio suficiente para que cupieran todos. En tanto que hablaba, Lyndall no abandonó ni por un momento la segura protección que le ofrecía el arma que empuñaba.

—Quiero que me escuchen todos ustedes con atención, pues hay algunos hechos que considero imprescindible poner en su conocimiento.

Lyndall hizo una pausa, recorriendo uno por uno los rostros que la contemplaban fijamente. Satisfecha, prosiguió:

—Soy una evadida de Plutón, y, como puede comprenderse, no tengo el menor deseo de regresar allí. Si alguno de ustedes oyó hablar de la Fortaleza Negra, que cuente a los demás lo que sabe; es suficiente para comprenderme. No quiero meterme en si soy culpable o inocente; tampoco pretendo erigirme en vengadora del capitán Silver. Lo único que pretendo es hacerles saber que pienso ir a Krontaria, planeta situado en el Noveno Sistema de Sirio, y que llegaré allí por encima de todos los obstáculos. Por ahora no puedo asegurarles ninguna recompensa, en el caso de que mi objetivo llegue a buen término. No obstante, si ustedes me ayudan y la cosa se soluciona como yo espero, hay en Krontaria una persona que les proporcionará una serle de riquezas como jamás han soñado ustedes. Es seguro que tendremos que sortear gravísimos peligros, pero si obramos unidos, con inteligencia y astucia, llegaremos al final. Ahora les diré que tengo prisioneros al capitán Borglum y a sus cuatro secuaces. No pienso causarles ningún mal; únicamente desembarcarlos en Titán, de modo que no puedan hacerme daño alguno. Quizás a alguno de ustedes no le convengan mis planes; puede decirlo con entera confianza.

Dos hombres dieron un paso al frente. Uno de ellos declaró:

—Ni nos gusta lo que hizo Borglum ni lo que usted acaba de hacer, señorita. Dispense, pero pensamos así...

—Y tienen perfecto derecho a ello. Sin embargo, no se opondrán a que los encierre; es para mi seguridad personal, ¿comprenden?

Luego añadió, dirigiéndose al resto:

—Kabé será nuestro astrogador y Rodríguez el segundo en el mando. Admitiré, todas las objeciones que se me presenten, siempre que tengan algún fundamento.

Nadie tenía nada que hablar por el momento, y salvo los dos disconformes, el resto, con su silencio, asintió tácitamente a los deseos de la joven, la cual, forzoso es decirlo, estaba más bella y hermosa que nunca. Suspiré, envidiando en mi fuero interno la suerte de Krontar... si es que aún vivía. ¡Lástima que uno sea un «robot» y haya cosas, como el amor, que le están vedadas por completo! De lo contrario, cuántos tipos guapos se quedarían con un palmo de narices a poco que yo me lo propusiera.

Los anillos de Saturno aparecieron rodeando al planeta, bellos, esplendentes, refulgiendo en el azuloscuro de aquella zona celeste. Los agudos picos de Titán, negros como el azabache unos, blanqueados por el metano helado otros, quedaban en primer plano, componiendo un cuadro de una belleza maravillosa e incomparable. El enorme globo de Saturno, visto desde un millón trescientos mil kilómetros de distancia, aparecía rodeado por una serie de bandas transversales de todos los colores del espectro, en tonos muy pálidos, predominando en ellas los colores rosados, verdosos y blancos.

Pero no estábamos para contemplar espectáculos celestes. A poca distancia de la superficie de Titán soltamos un bote con los siete hombres en su interior, concediéndoles el combustible suficiente para que pudieran llegar a la colonia más próxima, y luego, dando al aparato el máximo de velocidad, sin preocuparnos de otra cosa que no fuera ganar el máximo de tiempo, iniciamos un amplísimo viraje, de varios centenares de miles de kilómetros de radio, destinado a buscar un lugar más despejado desde, el cual realizar la transición hiperespacial que nos llevara a las proximidades de Krontaría.

CAPÍTULO VI

Los tiempos cambian, pero el hombre sigue siendo el mismo a través de los siglos. En cualquiera de los sistemas habitados de nuestra Galaxia, un hombre sigue teniendo los mismos sentimientos que sus antepasados que, en lugar de usar astronaves, utilizaban troncos ahuecados para vadear los ríos. Por otra parte, si algún ser humano se ha mostrado más reacio a cambiar de idiosincrasia es el nacido en la Tierra, quien, cuando ha podido viajar fuera de los límites de su Sistema, ha exportado, junto con sus numerosas e innegables virtudes, muchos de sus defectos, uno de los cuales, para mí casi el más importante, es el de la burocracia.

Este preámbulo es necesario para comprender lo que sigue. Legalmente, si el «Cormorán» hubiera tomado un cargamento para Krontaria, debía haber llevado la documentación en regla, con objeto de que, al llegar al astropuerto término de nuestro viaje, nadie nos hubiera puesto el menor inconveniente a nuestro desembarco. Ahora bien, en las condiciones en que nos hallábamos, lo menos que nos podía ocurrir era que las autoridades competentes, al ver que no teníamos los papeles en forma, hubieran investigado, llegando a conclusiones poco agradables para nosotros, la menor de las cuales hubiera sido la confiscación de la nave y cuanto contenía, junto con nuestra detención, hasta que se hubiera aclarado el porqué de nuestra llegada a un punto en el que, oficialmente, no teníamos nada que hacer.

Pero el ser humano tiene en común un vicio, no precisamente exportado de la Tierra, sino nacido con él, y que no es otro que el de la codicia. Así, pues, tras largas negociaciones con el jefe del astropuerto y dos de sus más significados colaboradores, todo quedó arreglado, teniendo en cuenta que, precisamente, el «Cormorán» llevaba algo que provocaba disputas de muerte entre los krontarianos: alimentos terrestres. Aunque estén dentro de latas, los víveres de nuestro planeta son codiciadísimos en muchos otros que no pertenecen a nuestro Sistema, y por una simple lata de pollo guisado han llegado a pagarse cantidades que no menciono siquiera por temor a que se me tache de embustero, sin tener en cuenta mi condición de «robot».

De esta forma, pues, sugerida por mí, Lyndall se las arregló para que nos dejaran vía libre para la capital y, además, se echó un sustancioso fajo de billetes al bolsillo, después de haber hecho un buen anticipo al resto de la tripulación, que los acogió con la alegría que puede suponerse. El jefe del astropuerto y sus satélites se hicieron, pues, con

una cincuentena de toneladas de alimentos terrestres, los cuales pensaban vender con suculentas ganancias en el mercado negro de Krontaria. Esto es debido a nosotros; hay que reconocerlo.

Durante miles de años, los pueblos de la Galaxia han ignorado a la Tierra. En un principio, al conocernos, nos despreciaron por salvajes o poco menos; pero, poco a poco primero, y más rápidamente después, adoptaron muchos de nuestros usos y costumbres, adaptándose a ellos con gran facilidad, y no poco agrado, por su parte. Nuestro «standard» de vida se imponía con rapidez, y en muchos sitios de Krontaria nos parecía hallarnos en cualquiera de las ciudades terrestres, aunque, en lo fundamental, la arquitectura general de la capital difiera notablemente de la terrestre. Pero éste es un detalle accesorio y que en aquellos momentos no nos interesaba ni poco ni mucho.

Por consejo mío, Lyndall, además de a Rodríguez, eligió a dos o tres hombres más en quienes se podía confiar ciegamente, y que fueron el teniente Pack, tercer oficial del «Cormorán», y los llamados Scully y Röhmer, un centroeuropeo de cuadrada cabeza y fornido como un toro, capaz de romper el blindaje de un motor atómico, con un golpe de su frente.

También por indicación mía, y para no llamar la atención, cambiamos nuestras ropas terrestres por las usuales de Krontaria, y que diferían muy poco en ambos sexos, siendo acaso más brillantes las del femenino. Unas simples sandalias, unas blusas con manga corta y unos pantalones cortos, vestimenta liviana y de ningún estorbo, debido principalmente al agradable clima que allí se disfrutaba, fueron las prendas que adquirimos, y cuyo importe se pagó con los «garants» que nos había proporcionado la venta de las provisiones del «Cormorán».

Convertidos ya en unos pasaderos krontarianos, nos reunimos en la habitación del hotel que habíamos elegido como centro de nuestras operaciones, para deliberar. Tras una hora de discusiones, quedó aprobado un plan provisional, que empezamos a poner en práctica inmediatamente.

Lo primero que teníamos que hacer era averiguar qué había sido del príncipe Krontar, puesto que, prudentemente, nos habíamos abstenido de hacer ninguna indagación acerca del mismo, en tanto no tuviéramos los pies bien asentados. Ahora, transformados ya en unos vulgares ciudadanos de Krontaria, podíamos hacerlo, y nos dividimos en dos grupos, conviniendo un lugar en el cual reunimos al caer la noche.

Lyndall, Röhmer y yo formamos un grupo, y el otro, capitaneado por Rodríguez, quedó formado por Peck y Scully. Nos separamos y empezamos a actuar.

Nuestros primeros esfuerzos fueron vanos. Llegó la hora de reunimos y lo hicimos, encontrándonos con que el otro grupo no había logrado tampoco nada positivo. Estábamos en uno de los lugares más elegantes de Krontaria, el «Constellation», sentados en tomo a una mesa, cenando, los humanos, con buen apetito, elaborando planes que, sucesivamente, Iban siendo desechados.

Por más que, con la lógica discreción que puede suponerse, lo habíamos intentado, nadie había sabido darnos noticias del príncipe Krontar ni si a aquellas horas estaba vivo o muerto. Por lo visto, Arnim, el usurpador, o el justiciero, ¡vaya usted a saber!, guardaba una total reserva sobre el particular, y el silencio era absoluto.

No hubiéramos adelantado nada de no ser por una casualidad, que es como suelen llegar las grandes ocasiones. Cerca de nuestra mesa estalló de pronto una violenta disputa, en la que dos hombres se discutían, teniendo como centro de sus enojadas frases a ambos gobernantes: el depuesto y el actual.

Instantáneamente agucé mis circuitos auditivos. La discusión se fue elevando de tono y uno de ellos, furioso, ciego de cólera, se levantó, asiendo una botella con una mano.

Le alcancé la muñeca con rápido gesto, deteniendo su golpe, cosa que aprovechó su contrincante para fulminarlo de un derechazo a la mandíbula. Los camareros intervinieron rápidamente, llevándose el cuerpo inconsciente del alborotador.

Una patrulla de policía penetró en el local, dirigiéndose hacia nuestro vecino de mesa, a quien le bastaron unas pocas palabras para dejar de ser molestado. El oficial de policía saludó, retirándose, y al momento el «Constellation» volvió a recobrar su habitual aspecto.

Entonces fue cuando aquel hombre se volvió hacia mí.

—Amigo—me dijo—, te estoy muy reconocido por tu ayuda. ¿Cómo te llamas?

Le di mi nombre, sin más. Él se presentó.

—Soy Ualh, coronel de la guardia de Arnim. Si alguna vez necesitas algo de mí, no tienes más que pedírmelo.

—Me conformo con haberte ayudado a castigar a un enemigo de nuestro Gran Rey, capitán Ualh. En mi opinión —añadí—, todos los partidarios de Krontar deberían correr la misma suerte de éste.

Ualh soltó una gran carcajada.

—¡Bravo, amigo Kabé! Celebro infinito que seas de los míos. Y, para celebrarlo, tomaremos unas copas juntos.

—Podemos hacerlo mejor si te unes a mis amigos. No sería correcto que los dejara solos, pero tú no tienes compañía esta noche, ¿verdad?

Ualh asintió. Lo llevé hasta nuestra mesa y lo presenté a mis compañeros. Los ojos de nuestro bravo conocido brillaron de modo singular al admirar la espléndida hermosura de Lyndall. Empezó a charlar por los codos, ayudado por la muchacha, la cual, con una sola mirada que me había dirigido, había comprendido mis intenciones, y por las frecuentes libaciones que hacía. Rodríguez, más vivo que el hambre, también había comprendido y no dejaba que la copa del coronel estuviese vacía un momento más de lo necesario.

Una hora más tarde comprendí que Ualh estaba ya maduro para lo que nosotros deseábamos. Entonces dejé deslizar una frase insidiosa en la conversación.

—Ahora da gusto vivir, y no como antes, bajo el reinado de Krontar. ¡Lástima que no hayan podido atrapar a su hijo y hacerle correr la misma suerte!

—Es un peligro para los krontarianos honrados que ese jovenzuelo siga en libertad, conspirando contra la vida de nuestro amado Arnim —me ayudó el uruguayo.

Peck tampoco se quedó atrás.

—Me gustaría tenerlo en mis manos para… O mejor, ¡qué diablos!, en las de Röhmer. Ualh, fíjate qué manos… ¿No te divertirías tú si vieras el pescuezo de Krontar en las manos de Röhmer? ¿Y tú, Röhmer, ¿qué harías con el príncipe?

El alemán soltó un bramido que quería ser una carcajada, pero con la cual quería significar todo. Ualh entonces meneó la cabeza, bastante pesadamente a causa de los vapores del alcohol.

—Ese… ¡hip!, es un placer que tenéis vedado…

—¿Por qué? Krontar huyó cuando murió su padre— le objeté—. Seguro que andará suelto y libre...; ¿quién sabe si no aquí mismo, disfrazado para pasar inadvertido?

—¡Que no, ea! Te digo que no, Kabé...

Miré rápidamente a Lyndall y vi que los ojos de ésta brillaban por la excitación. Mi treta empezaba a dar sus frutos.

—Pues yo sé de muy buena tinta que Krontar...

—¡Tu tinta está aguada, Kabé — rió Ualh desaforadamente—. Yo si sé dónde está Krontar.

—Yo también: en Krontaria — dije, procurando no dar importancia a sus palabras para que, precisamente, ocurriera todo lo contrario: que Ualh se sintiera el hombre más importante del mundo.

—¡Estás loco, Kabel Krontar huyó... ¡hip!, sí..., pero Arnim no es tonto y consiguió capturarlo...

Cogí una de las muñecas de Ualh fingiendo ansiedad y admiración al mismo tiempo.

—¡Gran Galaxia! ¿Es eso cierto, Ualh? ¿Y a qué espera nuestro. Gran Arnim para ahorcarlo?

Ualh me guiñó un ojo.

—Todo, ¡hip!... se andará, Kabé. De momento lo tiene preso en el palacio... Trata de averiguar quiénes están de acuerdo con él, ¿sabes?, y cuando le haya... ¡hip!, sacado todo lo que sabe, entonces...

Ualh concluyó sus palabras con el significativo gesto de-pasarse el índice por la garganta. Yo sonreí.

—¡Una magnífica idea, Ualh! Vamos, otro trago a la salud de nuestro Gran Rey — y volví a llenarle la copa, que el coronel vació de un solo golpe.

Medía hora más tarde Ualh estaba que no podía tenerse en pie. Decidí que ya había bastante por el momento, y me puse en pie. Mis compañeros me imitaron.

—¿Dónde... dónde vais? — preguntó.

—Pues a casita, naturalmente. Te acompañaríamos a ti, pero no creo

que nos dejen penetrar en el palacio, y menos a estas horas.

Con grandes dificultades Ualh se puso en pie. Se golpeó el pecho con fanfarronería.

—¿Qué idiota osará negar el paso a los amigos del coronel Ualh? ¡Venid conmigo, chicos tengo allí—y bajó la voz — unas cuantas botellas de auténtico vino terrestre! Me costaron una fortuna, pero vosotros os lo merecéis. ¿Queréis brindar conmigo por la muerte de Krontar?

—De acuerdo — dije, colgándome afectuosamente del cuello del beodo, a quien, a una indicación mía, no dejamos abonar su cuenta.

Ualh tenía su coche fuera, pero como no cabíamos todos en él, a la fuerza se hubieron de acomodar los restantes en otro que buscamos. La vida nocturna de Krontaria era muy intensa, y la circulación aún a aquellas horas, abundantísima. Por calles estallantes de luz y color, nos dirigimos al palacio, situado en las afueras de la ciudad, sobre una elevada colina, que dominaba con su mole todo cuanto le rodeaba.

El palacio de Krontar era una enorme fortaleza, que abrumaba con su pesadumbre, pese a que su arquitecto había intentado aligerar las construcciones que la formaban. Potentes reflectores la iluminaban constantemente, y en tan gran número, que no dejaban ningún rincón del palacio sin su luz. En torno a éste existía un ancho foso, lleno de agua, cuya única solución de continuidad era un enorme puente, guardada su entrada por un fuerte destacamento de tropa.

El oficial de servicio se acercó a reconocernos y no opuso ninguna resistencia a dejarnos pasar cuando nos vio acompañados de Ualh. Aun así, tuvimos que detenernos dos o tres veces más, lo cual me dio la idea de que Arnim, el asesino de Krontar, no debía de tener muy limpia la conciencia cuando de tantas precauciones se rodeaba. La entrada había sido relativamente fácil, pero sólo de pensar en la salida se me congelaba el aceite que lubrica mis articulaciones metálicas.

En sus habitaciones, Ualh mandó a uno de sus criados disponer unas cuantas botellas de vino, que se descorcharon y bebieron con gran rapidez. Advertí que nuestro anfitrión iba a caer redondo de un momento a otro, y entonces decidí que ya había pasado bastante tiempo.

Balbuceando palabras inconexas, propias de un beodo, le rodeé el cuello con uno de mis brazos.

—Me gustaría hacer una cosa, Ualh..., pero sé que no es posible.

—¿De qué se trata, Kabé? — me miró turbiamente.

—Siempre he tenido un deseo en el fondo de mi corazón — mentí descaradamente, con una brusca elevación del voltaje de mis circuitos —: escupir al rostro de Drontar.

—Drontar está... ¡hip!, muerto, Kabé.

—¿Y su hijo... no es... no es su heredero? Pues que herede también mi salivazo, ¿no te parece?

Ualh tardó unos minutos en comprender mi idea. Luego empezó a reír poco a poco hasta que, al fin, estalló en una interminable carcajada que sacudió todo su corpachón. Yo le acompañé en sus risas, y Lyndall y el resto, cada uno con su copa en la mano, me imitaron.

La risa de Ualh parecía no tener fin. El hombre, absolutamente beodo, iba de un lado para otro, derramando por el suelo el contenido de su copa.

—¡Muy... muy bueno! —reía enloquecido de placer—.. ¡Mag... magnifica idea... hacer que... Krontar herede el sali... salivazo...! Bien, Kabé, eres un bu... buen patriota y yo... y yo te voy a complacer ahora mis... mismo... ¡Lo que nos vamos a di... divertir! ¿Verdad?

Cuando acabó sus palabras empezó a cantar, poco menos que delirando. Lyndall me miró angustiada, temiendo que el escándalo que armaba el ruidoso Ualh llegara a oídos extraños y alguien entrara a investigar, lo cual nos pondría en una situación bastante difícil. Comprendiendo lo que ocurría en el interior de la joven, me acerqué a nuestro huésped

—Bien, Ualh; celebro que estés de acuerdo... conmigo. Y... y ¿cuándo lo hacemos?

Me miró y se echó a reír de nuevo, tan locamente como la vez anterior. Si no hubiera sido por lo que nos esperaba, de buena gana habría quebrantado mis reglas robóticas y le hubiera chafado las narices. Pero, a la fuerza, debía contemporizar, por lo que, como si la cosa me hiciera muchísima gracia, reí también.

Pero entonces ocurrió lo inesperado, de una forma que, cada vez que lo recuerdo, baja terriblemente el voltaje de la pequeña central de mi tripa.

A causa de la excelente temperatura reinante en Krontaria, las ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par, al mismo tiempo que, quizá como medio de facilitar una mejor contemplación del paisaje, eran amplias y bajas, de antepecho. En su loca hilaridad, Ualh perdió ligeramente el equilibrio y trató de apoyarse en la parte inferior del marco con una mano.

Lo hizo mal y entonces vaciló. Intentó recobrar el equilibrio, mas ya era demasiado tarde. La voluminosidad de su cuerpo le venció, dando una voltereta completa hacia fuera.

Un segundo contemplamos sus piernas pateando desesperadamente hacia lo alto; después desaparecieron tragadas por la noche.

En tanto mis tímpanos eran heridos por el unánime grito de asombro de mis compañeros, yo salté hacia la ventana en un inútil intento de salvar la vida a quien, a su vez, era el único que nos la podíasalvar a nosotros. Gracias a los reflectores que iluminaban aquella parte de la fortaleza vi a Ualh, aleteando como un pájaro herido, caer raudamente hacia abajo.

Su grito de espanto quedó cortado cuando su cuerpo chocó, con terrible violencia, contra un saliente del edificio. Fue proyectado hacia fuera, describiendo una larga parábola, que concluyó en un siniestro chasquido, con el que rompió las tranquilas aguas del foso.

Me volví, terriblemente consternado por aquel incidente absolutamente inesperado para nosotros. No había ni un rostro de los humanos que me acompañaban que no estuviese más blanco que el yeso, y en las doce pupilas que me miraban fijamente leí el horror que el suceso acababa de producirles.

Un momento reinó el más profundo silencio sobre nosotros; después, abajo, a cincuenta metros de profundidad, se oyeron unos gritos, seguidos de unos agudos toques de silbato.

CAPÍTULO VII

El lúgubre gemir de una sirena se elevó en el nocturno de la atmósfera. Más reflectores, borrando las espesas sombras que aún

quedaban, se encendieron, algunos de ellos de varios colores. Uno rojo intenso, como de fuego, osciló por las paredes de

la fortaleza hasta que, al fin, trepando por sus muros, penetró en la habitación en que nos encontrábamos, dándonos a todos el fantasmagórico aspecto de estar sumergidos en un baño de sangre.

Aquello me bastó para tener la evidencia de que había sido señalado el punto desde el cual cayera el coronel Ualh, en tan mala hora para nosotros. Alguien corrió hasta la puerta, pero yo me anticipé, impidiéndole la salida.

—¡Quieto! ¡Quieto todo el mundo!

—Si nos pescan aquí nos van a asar —refunfuñó Scully.

—No, si sabemos conservar la serenidad.

—Van a acusarnos de la muerte de ese maldito borracho — escupió Rodríguez.

Miré a Lyndall. La muchacha, aún muy pálida, no había dicho una palabra, pero era evidente que confiaba en mí.

—Si me dais permiso para actuar — dije—, creo poder sacaros del atolladero. Pero, en todo momento, hemos de conservar la serenidad; de lo contrario, podemos considerarnos como perdidos.

Acabaron por asentir, no sin que Rodríguez empezara a echar pestes contra el desgraciado Ualh; y todavía estaba gruñendo cuando un pelotón de soldados, bajo el mando de un oficial con graduación de capitán, irrumpió bruscamente en la estancia.

El oficial nos miró inquisitivamente uno por uno, en medio de un helado silencio. Yo me coloqué de tal modo que se me creyera jefe del grupo, y así, las preguntas del hombre fueron hechas directamente a mí.

—¿Quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí?

—Invitados del coronel Ualh.

—El coronel Ualh ha muerto. Alguno de vosotros lo arrojó por la ventana y, tras de golpear contra una almena, se hundió en el foso.

Hice un gesto de resignación.

—Ha sido una desgracia, verdaderamente, capitán; pero de la cual, puedes estar completamente seguro, nosotros no tenemos la menor culpa.

—¿No, eh? Supongo que eso mismo diréis cuando se os interrogue ante una Corte de Justicia krontariana. Está bien; seguidme y...

—¡Un momento, capitán! —exclamé—. Antes de dar ninguna orden cerciórate de que has apresado a los verdaderos culpables, que en este caso no lo son. El coronel Ualh estaba completamente bebido, y al intentar apoyarse en el antepecho de la ventana perdió el equilibrio y cayó al vacío.

—Una excusa muy pobre. ¿Cómo te llamas?

—Kabé; y no es ninguna excusa, sino la realidad. No te sugiero que interrogues a mis compañeros, porque todos ellos te dirían lo mismo que yo.

—¡Habéis asesinado a Ualh! ¡Todos vosotros sois unos miserables conspiradores que intentáis devolver a Krontar a un lugar que no le pertenece! Y los conspiradores, en este país, sólo tienen una pena.

—Me parece que estás sacando demasiado aprisa conclusiones muy precipitadas, capitán. ¿Se te ha ocurrido interrogar a los puestos de guardia?

El hombre me miró, evidentemente sorprendido por mi sugestión.

—¿Por qué crees que nos hallamos aquí, capitán?—proseguí—. Puedes llamar también al «Constellation», donde estuvimos bebiendo con el coronel. Allí te dirán el calibre de la borrachera que tenía, y te dirán también el rato tan agradable que estuvimos pasando juntos.

—Lo hicisteis para ganaros su confianza y luego asesinarlo — insistió hoscamente el capitán.

—¡No seas estúpido!—dije—. ¿Es éste el lugar más adecuado para matar a un oficial de la guardia de nuestro Gran Rey, capitán? ¿Íbamos a venir aquí solamente por darnos el gustazo de arrojarlo al foso? Si hubiéramos querido matarlo lo habríamos hecho en otro lugar y de otra forma más discreta; nunca con el escándalo y el aparato en que ha sucedido la cosa.

El oficial empezó a convencerse. Remaché el clavo.

—Mira en torno tuyo, capitán. ¿Qué es lo que ves? Botellas vacías, copas a medio llenar y puntas de cigarrillo. Ualh nos trajo aquí para invitarnos, enagradecimiento por haberle ayudado a desenmascarar a un partidario del príncipe Krontar. Anda, llama al «Constellation» y te hablarán también de la pelea que Ualh tuvo con el rebelde. Éste le hubiera abierto la cabeza de un botellazo de no haberlo impedido yo. ¿Es ésta la actitud de un asesino?

—Está bien —dijo el oficial—; a lo que parece, tenéis razón.

—¡Naturalmente! Fue un accidente desgraciado, causado por el alcohol. Hallándome en un lugar como éste, del cual no puede escapar ni una pulga, ¿iba a matarle, sabiendo que el apresarme es cuestión solamente de momentos? ¡Bah! Capitán, no nos supongas tan tontos y… ¿dónde tengo yo los cigarrillos? —con gesto de sorpresa empecé a buscarme en los bolsillos.

Alguien me alargó un paquete, que entregué al oficial; cuyos ojos brillaron de modo Sospechoso.

—Toma, quédatelo — dije, sabiendo que le daba la mayor alegría de su vida o poco menos—. Y no te creas que vamos a rehuir la acción de la justicia. Si así lo deseas, podemos permanecer aquí. En caso contrario, podrás hallarnos en el hotel «Andrómeda».

—No sé qué hacer — dijo el capitán—. Tengo que elevar un informe de lo sucedido, y puesto que, claramente, veo que vosotros no habéis sido…

En tanto que el oficial hablaba, mis circuitos me informaron de que estaba a punto de torcerse el agradable rumbo que habían tomado las cosas.

Detrás del capitán había un pelotón de soldados, el rostro de uno de los cuales me resultaba vagamente conocido, sin que pudiera, de momento, recordar la causa. Forcé al máximo mis circuitos mnemotécnicos, pero el recuerdo de aquel individuo debía de estar escondido en lo más hondo de mi robótico subconsciente. Y, cuando al fin supe que aquel rostro había sido visto a través del espeso cristal de una escafandra de vacío, era ya tarde, porque el tipo nos había reconocido también.

Resultó ser uno de los que acompañaron al general Skud cuando apresaron al príncipe en el O. A. El fulano lanzó un grito.

—¡Capitán, ese hombre miente!

Me halagó que me llamaran hombre, pero su exclamación me hizo polvo. El oficial se quemó los dedos con el cigarrillo al volverse rápidamente.

—¿Qué dices, idiota?

—Ese hombre estaba en el asteroide donde capturamos al príncipe Krontar. y la mujer también. Yo los vi allí, capitán; ¡te lo juro!

Emití una forzada risita.

—Me parece, amigo — le dije—, que te ha ocurrido lo mismo que al coronel Ualh antes de caerse por la ventana abajo.

El soldado braceó, abriéndose paso entre sus compañeros, hasta plantarse frente a mí.

—¡No estoy bebido!—aulló—. Capitán, créame lo que le digo. Y si no se fía de mis palabras, llévenos a presencia del general Skud.

Temblando de rabia, el oficial tiró el cigarrillo al suelo, pisoteándolo.

—Conque esas tenemos, ¿eh? ¿Amigos de Ualh... o de sus asesinos?

—Capitán... — empecé a decir, pero el tipo no me dejó seguir hablando.

—¡No admito ni una palabra más! Silencio, hasta que el general os haya visto. Entonces...

El capitán no tuvo tiempo de decir lo que sucedería después, porque la decoración varió repentinamente. Alguno de mis compañeros lanzó un agudo grito.

—¡Eso huele a chamusquina! ¡Vámonos de aquí, compañeros!

Dicho y hecho. El alemán Röhmer arremetió, con la cabeza baja como un toro, contra

el grupo de soldados, derribándolos a derecha e izquierda, como si fueran simples fichas de dominó. Los tipos cayeron, aullando y quejándose, en medio de una confusión espantosa, sacando sus espadas, sin poder- utilizarlas por miedo a herirse unos a otros en aquella fenomenal barahúnda que en unos instantes había formado el germano. Los demás, aprovechando el ancho claro abierto, pasaron rápidamente, y yo no me quedé a la zaga, tirando de Lyndall con una mano.

Rodríguez y Peck cubrieron nuestra retaguardia, soltando unos cuantos disparos, que tuvieron la virtud de hacer esconderse a los soldados. El uno usaba pistola de pólvora y el otro la desintegrante, y varias bolas de humo indicaron el fin que habían tenido algunos de los soldados, haciendo esconderse precavidamente al resto. Pero el capitán, indemne al parecer, hizo sonar agudamente su silbato de alarma, al cual contestaron otros varios.

Rodríguez lanzó un atroz juramento. Corríamos por los anchos pasillos del palacio, sin saber el rumbo que debíamos tomar, pues aunque yo recordaba perfectamente el camino que habíamos traído, sabía que era el menos indicado para largarnos de allí. Y saltar al foso, desde cincuenta metros de altura, era harto arriesgado, aparte de que la fortaleza debía de estar literalmente rodeada de gente armada.

Un pelotón de soldados surgió de repente ante nosotros, al dar la vuelta a una esquina. Se hallaban a unos veinte metros de distancia, en el centro de un amplio pasillo, y su jefe nos lanzó una intimación:

—¡Quietos! ¡Alto ahí!

Mis compañeros dieron media vuelta presurosamente. En cuanto a mí, me quedé clavado en el suelo.

Lyndall se dio cuenta de lo que ocurría, y volviósobre sus pasos. Me cogió de una muñeca y tiró de mi.

—¡Vamos, Kabé, te lo ordeno!

Aquello me sacó de la inmovilidad en que había caído. Mientras corríamos desesperadamente, ella me gritó:

—¡Kabé, en lo sucesivo te ordeno que no obedezcas otras órdenes que las mías!, ¿te enteras?

—Sí, pero los otros son también seres humanos y debo obedecerlos.

—No han nacido en la Tierra.

—Mis circuitos no discriminan entre un ser nacido en Sirio y otro terrestre. Hablan sólo de seres humanos…

—Pues desde ahora sólo me obedecerás a mí. Grábate esto bien en tus circuitos mnemotécnicos, ¿me entiendes?

Asentí, sin dejar de mover rítmicamente las piernas. Y no dejé de

alegrarme de las órdenes recibidas, que denotaban la singular clarividencia de la muchacha. Pero, súbitamente, un grupo de soldados armados hasta los dientes, se nos echó encima.

La lucha fue salvaje, pero corta. Las pistolas llamearon y escupieron plomo y proyectiles desintegrantes, disolviendo el grupo con enorme rapidez. Como señales de nuestro paso, tres o cuatro cuerpos sangrantes quedaron en el suelo, al mismo tiempo que unas cuantas nubecillas de humo verdoso ascendían lentamente en la cálida atmósfera krontariana.

Mientras tanto, las sirenas de alarma no cesaban, en sus gemidos. Voces y gritos se elevaron por todos los rincones del palacio, indicándonos que la guarnición entera de la fortaleza había sido puesta en pie de guerra. Y a partir de aquellos momentos, la cosa iba a ser mucho más difícil para nosotros, ya que los soldados abandonarían las decorativas espadas, utilizando las más efectivas pistolas desintegrantes.

Sin dejar de correr, ascendiendo ahora por una gran escalinata que se enroscaba ampliamente en tomo a un eje de pórfido, Rodríguez echó mil maldiciones al difunto Ualh. Sabíamos por el interior de una gran torre, de gran diámetro, cuyas paredes eran de cristal translúcido y transparente alternativamente, brillantemente iluminada en su interior.

Sólo me di cuenta del peligro que corríamos al subir por aquella escalera, cuando un panel de vidrio saltó en mil pedazos a causa de un proyectil. Nuestras siluetas debían recortarse claramente contra el muro exterior de vidrio, y hacia éste era donde dirigían ahora los soldados de Arnim los tiros de sus armas.

Una ametralladora atómica roncó siniestramente, deshaciendo todo un lado de la torre, con sus rapidísimos disparos. Afortunadamente, el chorro de proyectiles salió alto, con el único resultado de cubrirnos las cabezas con minúsculos trocitos de vidrio, procedentes de los cristales que no se habían convertido en humo al recibir el proyectil. Pero la situación se iba agravando por momentos.

Súbitamente, una bola de verdoso humo surgió a mi derecha, quedando como único rastro del cuerpo de Peck Lyndall no lo pudo evitar y lanzó un agudo grito de pavor.

Rodríguez volvió a maldecir, jadeante, ya casi sin aliento.

—¿Es que esta maldita escalera no se va a acabar nunca?

Los gritos y las carreras sonaban bajo nosotros cada vez más escandalosamente. Röhmer se volvió de pronto, y soltó una ráfaga de proyectiles, que contuvieron momentáneamente a nuestros perseguidores. Aprovechando el leve respiro que nos había concedido la acción del germano, hicimos un último esfuerzo y llegamos al final de la escalera.

Pero allí nos llevamos una decepción; los peldaños terminaban ante un muro absolutamente liso, sin la menos solución de continuidad.

—¡Diablos!—masculló Scully—. ¿Habremos estado corriendo en vano?

—Ahora lo sabremos — dije—. Déme una pistola. No, no; ha de ser atómica.

La tomé en mi mano y empecé a disparar metódicamente contra uno de los lados de la puerta. Lyndall soltó un grito apenas lo había hecho.

—¡Scully!

Unas hilachas de humo me indicaron que el hombre había encontrado su proyectil, desapareciendo. Pero, sin volverme, insistí en mis esfuerzos, hasta hallar la debida recompensa: un ancho boquete, por el cual nos colamos sin remilgos de ninguna clase.

Rodríguez se volvió, asomándose por la abertura, y soltando unas cuantas ráfagas de proyectiles desintegrantes, que volatilizaron a un pelotón entero de soldados que subían hacia nosotros. Luego, sin apenas otro intervalo, echamos a correr.

En tanto que lo hacíamos, observé que nos hallábamos en una especie de amplio salón, todo él rodeado de amplísimos ventanales, iluminados sin cesar por los chorros de luz de los proyectiles que continuaban disipando la noche. El salón era inmenso, y estaba vacío, no pareciendo dar a ninguna otra parte.

Nos detuvimos en uno de sus costados, sin saber qué hacer. Con la pistola que aún tenía en la mano, golpeé uno de los vidrios, rompiéndolo. Asomé la cabeza.

El foso se abría a nuestros pies, a unos ochenta o noventa metros de profundidad. Desaparecidas las tinieblas por la acción de los reflectores, podía verse

con toda claridad una nube de soldados que patrullaban incesantemente los alrededores de la fortaleza. Alguien me vio y el

resultado fue un huracán de disparos, que no nos alcanzó por puro milagro.

Tirándonos al suelo para esquivar el fuego enemigo, celebramos un brevísimo consejo de guerra.

—No podemos seguir aquí y así, de esta forma —dije—. Aún no hemos conseguido otra cosa positiva que no sea saber que Krontar está vivo, y ya tenemos dos bajas.

Antes de contestar, Rodríguez disparó contra una cabeza que, demasiado curiosa, asomaba por el boquete, haciéndola desaparecer. Luego dijo:

—No he conocido sitio grande, como éste que, si tiene una entrada, no tenga también una salida. Buscadla vosotros; mientras, yo me quedo aquí vigilando aquella abertura.

Disparó una vez más, y entonces nos levantamos nosotros, recorriendo el salón en todos sentidos, en tanto seguía llegando a nuestros oídos el estrépito de la persecución. Dos de las paredes de la enorme estancia estaban formadas casi en su totalidad por amplios ventanales, y la opuesta a la entrada parecía también lisa.

Sin poderme contener, pateé el suelo, malhumorado..

—¡Esto no puede ser! ¡El salón ha de tener alguna salida!

—¡Daos prisa! —nos urgió Rodríguez—. ¡La carga de mi pistola no es eterna!

Me acerqué a la pared cuanto pude, haciendo que las lentes que componen mis ojos ganaran en aumento visual, con objeto de escrutar los menores detalles de la superficie del muro. A mi izquierda, Lyndall lo tanteaba con las yemas de sus dedos.

De aquella forma, podía ver si había alguna línea de separación en la pared, que indicara la existencia de una puerta. Tardé más de lo conveniente, pero lo hallé al fin.

—¡Aquí está! —grité, sin poderme contener, añadiendo a continuación —: ¡Échense a un lado!

Retrocedimos varios pasos, y levanté mi pistola, apuntando al lugar en que había viso la ranura, que no podía apreciarse si no era con una potente lupa; tan bien encajada. Solté un disparo y, casi en el acto, un

panel entero del muro empezó a deslizarse a un lado.

Una unánime exclamación de alivio brotó de los labios de mis compañeros. Lancé un grito:

—¡Rodríguez, véngase!

—¡Al momento, Kabé!

El uruguayo hizo chasquear su pistola un par de veces más y luego, retrocediendo sin volver la cara, llegó a nosotros, en el momento en que el muro dejaba el espacio suficiente para que pudiéramos pasar al otro lado. Cuando al fin lo conseguimos, nos hallamos en una habitación que parecía estar ocupada.

Y lo estaba. Había un hombre durmiendo, quien, al oír nuestras voces, se despertó, sentándose en el lecho. El hombre abrió los ojos desmesuradamente a causa de la sorpresa tan inesperada que le causaba nuestra presencia en aquel lugar.

Y nosotros también nos sorprendimos, porque, ¿quién se iba a esperar hallar a Krontar allí mismo?

CAPÍTULO VIII

Durante un tiempo que nos pareció largísimo, pero que, en realidad fue muy breve, Krontar y nosotros nos miramos, como atontados, sin comprender exactamente lo que nos ocurría. Pero, al fin, el príncipe fue el primero en reaccionar.

Alargó la mano, tocando un interruptor que hizo deslizarse de nuevo la puerta, en sentido inverso, aislándonos así de nuestros perseguidores. Luego, Krontar dijo:

—Lyndall, vuélvase un momento.

—Bien...

La muchacha comprendió y obedeció. El príncipe se vistió rápidamente, y entonces vino hacía nosotros.

Lyndall no tenía ojos más que para el príncipe y éste para ella. Con las manos enlazadas, el joven preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Cómo os las habéis arreglado para llegar aquí?

La muchacha me miró, y entonces yo hice el relato de nuestras aventuras, en la forma más somera que pude. Krontar nos miró admirado y elogió:

—En verdad que no he visto seres más valerosos que vosotros. Habéis arriesgado la vida por mí.

Señalé con el pulgar a la chica.

—Ésta tiene la culpa de todo, de manera, príncipe, que es a ella a quien debéis darle las gracias. Ah, y a los que nos acompañan, si todo se resuelve bien, una buena recompensa; se la han ganado.

—La tendrán—dijo Krontar firmemente—. La tendrán, ¡voto a la Gran Nebulosa! Pero, ¿sabéis también que os halláis en una situación verdaderamente difícil?

—Tú conoces la fortaleza, Krontar —dijo Lyndall—. Podrías guiarnos a través de sus recovecos y ganar la salida...

El príncipe movió la cabeza con pesimismo.

—Es fácil de decir, pero absolutamente imposible de realizar. El palacio está férreamente rodeado y ni un pájaro podría salir sin permiso de Arnim.

—Algún medio habrá para ello, príncipe —sugerí—. Ya me supongo que por la fuerza de las armas no debemos intentarlo, pero, ¿no hay entre los hombres de la guardia de Arnim alguien que os sea fiel? ¿No habrá uno siquiera que recuerde que sois hijo de vuestro padre?

—Posiblemente, pero la mayoría de los soldados, y ya no menciono siquiera a los oficiales, son salvajemente fieles al usurpador. Y si alguno pensara en ayudarme, pronto lo olvidaría. Traicionar a Arnim es un crimen que se paga con la peor de las muertes.

—No obstante —dije, tratando de paliar el desánimo que se había apoderado del corazón de la chica —, queda otro medio.

—¿Cuál, Kabé? — me miró Krontar.

Hubo una breve pausa de silencio, durante la cual, muy

atenuadamente llegaron hasta nuestros oídos los gritos de las patrullas de vigilancia. El príncipe volvió a repetir su pregunta.

—Algo que suele igualar, en determinados momentos, a la mayoría de los hombres. No digo que alguno no se resista, pero siempre habrá también alguno que flaquee. Y usted que los conoce, podrá utilizar ese medio.

—¿Te explicarás de una vez, Kabé? — me urgió la muchacha.

No la miré a ella al dar mi respuesta, sino a Krontar.

—El soborno — dije—. Cubrid de oro a un hombre y cambiará una montaña él solo con sus manos.

—Lo malo es — dijo Krontar desalentado — que ya no poseo encima ni un centavo. Ni tampoco una triste joya con que...

Lyndall metió mano entonces a su bolsillo y sacó de él un grueso fajo de billetes, que puso en las manos de su amado.

—Toma — dijo—, aquí hay diez mil «garants» cuando menos. ¿Tendrás bastante? Si no, creo que mis amigos serían tan bondadosos como para hacerme un préstamo, ¿no es así?

Rodríguez y Röhmer asintieron, reuniendo entre ambos cerca de los quince mil «garants», en total unos veinticinco mil, que pasaron a manos de Krontar. Realmente, era una fortunita, y comprendí que no dejaría de haber alguien a quien el señuelo de aquellos fajos de billetes, tentaría hasta el punto de hacerle ejecutar lo imposible.

—Gracias, gracias—dijo Krontar conmovido—. Nunca olvidaré estas pruebas de amistad, y os aseguro que, si recobro mi trono, mi recompensa será tan espléndida, que este dinero que ahora me entregáis os parecerá una miseria.

—Aún hay más, Krontar —dijo la muchacha, ya más animada—. En nuestra nave, el «Cormorán», quedan media docena de tripulantes, cada uno de los cuales es dueño de otro pequeño capital como el que te acabamos de entregar. Si éste te resultara insuficiente, pídeselo en nuestro nombre. Me parece que nunca tendrás mejores llaves para abrir tu cárcel que las que te acabamos de facilitar.

Krontar rodeó con un brazo el esbelto talle de la muchacha, haciéndola gemir de felicidad.

—Dentro de poco — dijo—, todo Krontaria te aclamará como su reina, amor mío.

—Y tú — dijo ella, completamente embobada—, serás el rey más poderoso de toda la Galaxia, porque yo te daré la fórmula del combustible del profesor Bahrein, con la cual nadie podrá oponerte la menor resistencia.

Vi un súbito y fugaz relámpago en los ojos de Krontar, relámpago prestamente apagado. Dijo:

—¿Quién se preocupa ahora de fórmulas, querida? Lo único que deseo es que esto se acabe pronto y que el cetro del Gran Drontar, mi padre, vilmente asesinado, vuelva pronto a mis manos. Contigo y con él tengo más que suficiente y no ambiciono nada más.

—A pesar de todo — insistió la muchacha—. Me acusaron en la Tierra de algo que no había hecho y deseo devolverles la pelota. Querían la fórmula Bahrein, pero no la tendrán. Será nuestra, tuya, Krontar, de tu Sistema.

Aquello empezó a no gustarme mucho, aunque, ¿quién es un «robot» para oponerse a los deseos de un ser humano? Si la chica quería regalarle a Krontar la dichosa fórmula, como prueba de su amor, ¿qué podía importarme a mí? Intenté refrigerar mis circuitos con estas consideraciones, pero sólo lo pude lograr cuando volví al lugar en que estábamos.

Y fue en el preciso momento en que una puerta, en el lado opuesto de la estancia, se abría de par en par, dejando un ancho espacio, por el cual penetraron cuatro hombres armados.

Rodríguez y el alemán echaron mano a sus pistolas, pero les contuve.

—¡Quietos!—les dije—. De nada sirve empeorar las cosas, y ahora no conseguiríamos sino recibir unas cuantas descargas que nos harían polvo. Si. Arnim nos apresa, ya tenemos a Krontar que se encargará de liberarnos.

—Tú lo has dicho, Kabé—murmuró en voz baja el aludido, e Inmediatamente calló.

Los cuatro soldados se dividieron en dos parejas, situadas a ambos lados de la puerta, por la cual, un segundo más tarde, penetró un hombre seguido por tres o cuatro más, todos ellos ataviados con ricas, aunque sencillas vestiduras, lo cual nos dio la sensación de que se

trataba de personajes de elevada categoría cortesana. En cambio al otro, bastaba verle para comprender que no podía tratarse más que de Arnim.

El nuevo Gran Rey de Krontaria era un magnífico espécimen en su sexo. Alto, fuerte, fornido, sin musculares deformaciones que alterasen la simetría de su cuerpo, pasaba al menos cinco centímetros de estatura a Krontar. Vestía con gran sencillez, a excepción de un pesado broche de piedras y metales preciosos que le sujetaba el cinturón de sus «shorts». Era joven aún, pues no habría llegado siquiera a los cuarenta años y, a decir verdad, no tenía el aspecto siniestro que uno habría esperado a juzgar por las pinturas que de él nos había hecho Krontar en el tiempo que permaneció con nosotros en el asteroide.

Antes al contrario, me resultó mucho más agradable de lo que podía pensar.

Dejó que una leve sonrisa vagara por sus labios antes de hablar. Cuando lo hizo, advertí la profunda tonalidad de su voz, la cual no precisaba de grandes estridencias para ser obedecido.

—¡Magnífico príncipe!—dijo—. Un espectáculo realmente conmovedor. ¿Es ésta la joven terrestre de que me has hablado en alguna ocasión?

Krontar ciñó cotí más fuerza aún el talle de Lyndall.

—La misma, Arnim. Y te juro que si osas tocarla un solo cabello...

—¿Quién ha hablado aquí de violencias? —rió Arnim, de muy buen humor al parecer—. Aunque si se las merecen. Han muerto un buen golpe de soldados de mi guardia, por tu culpa, Krontar...

—¡Por la tuya, Arnim; por estar al servicio de un traidor y asesino como tú!

—...sin contar —continuó Arnim impertérrito—, al coronel Ualh, cuyo muerte ha de ser aún aclarada. Pero dejemos esto a un lado. —exclamó con súbita aspereza, que desapareció bien pronto—. No les culpo de lo que han hecho, porque, en realidad, estaban engañados.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Lyndall con súbita viveza—. Lo que hicimos, lo hicimos a conciencia, nada más que por salvar a Krontar de tus garras.

—¡Melodramáticas frases, hermosa! — dijo Arnim siempre sonriente

—. En verdad, reconforta poder ser testigos de un amor y una lealtad como los tuyos, terrestre. Mis súbditos deberían tomar ejemplo de ti.

—Por supuesto. Yo no asesino a los reyes para sentarme ilegalmente en su trono.

Un instante se arrugó el ceño de Arnim, pero al momento volvió a recobrar su placentera expresión.

—He dicho que no os tomaré en cuenta lo que habéis hecho, porque os considero engañados por Krontar. No obstante, deberéis consideraros, durante un tiempo que aún no puedo precisar, como mis prisioneros.

—Hasta que se te antoje degollarnos, ¿verdad, Arnim? — rio nerviosamente la muchacha.

—¿Degollaros? Oh, no, nada de eso. Me bastaría con entregaros a las autoridades de vuestro planeta. Ellas se encargarían de hacer por mí tan sucia tarea.

—En la Tierra…

—Por favor —la interrumpió Arnim—, no me digas qué es lo que hacen y no hacen en tu planeta, hermosa. Cuando son capaces de enviar a una mujer tan bella como tú a un lugar tan horrible como es la Fortaleza Negra, ¿qué otras cosas no cometerán?

Lyndall palideció, retrocediendo un paso, sin poder evitarlo.

—Así, pues, lo sabes… —murmuró.

Arnim sonrió. La verdad es que, a medida que iba pasando el tiempo, el tipo se me iba haciendo más y más simpático, olvidando que había asesinado al padre de Krontar para ocupar su trono. Realmente, así había sido, pero yo no lo podía evitar.

Arnim movió afirmativa la cabeza.

—Sí, Lyndall; estoy enterado de todo cuanto te concierne. También sé la historia de lo ocurrido con el «Cormorán» y sé también lo que pasó a bordo del aparato, desde que os recogió del asteroide, hasta que llegasteis a Krontaria.

—¿Quién te lo ha dicho? —inquirió la joven, sin poderse contener.

Arnim hizo un gesto con la mano, sin volver el rostro. Media docena

de hombres, fuertemente escoltados, penetraron en la estancia, y me bastó una simple ojeada para reconocer en ellos a los abatidos restos de nuestra tripulación.

—Estos hombres que ves aquí —dijo Arnim—. Tengo un excelente servicio de información, y como puedes comprender, lo supe relativamente pronto. Hasta —añadió— el momento exacto en que penetrasteis en mi palacio.

—¡Oh!—exclamó la muchacha, sorprendidísima en extremo.

- Sí. Quise saber cuáles eran vuestras intenciones y por eso os dejé llegar hasta aquí. En realidad, os podría haber detenido en el «Constellation», pero permití que fuera Ualh el que os metiera en la trampa que os tenía preparada.

—De modo —dijo Lyndall, hecha un puro lío—, que cuando estábamos embriagando a Ualh ya estabas enterado de nuestra presencia en Krontaria, ¿eh?

Arnim sonrió.

—Sí. Pero no conté con la desgracia del pobre Ualh, quien, tan bien fingió su papel, que acabó cayéndose por la ventana.

—¡Estaba borracho perdido!

—No discutamos ese punto, puesto que ya es inútil. Ahora os bastará saber que sois mis prisioneros y que puedo disponer libremente de vosotros.

Lyndall levantó orgullosamente la barbilla.

—Los terrestres sabemos reconocer cuando hemos perdido, Arnim.

—Excelente cualidad, pues, que me ahorra otras muchas cosas.

—¿Y qué harás con nosotros? ¿Tenernos encerrados hasta que llegue una nave terrestre a recogernos?

Una singular expresión apareció en el agradable rostro de Arnim.

—Podría hacerlo, indudablemente..., como también podría haceros castigar por las acciones que habéis ejecutado en Krontaria. Pero de momento me reservo mi opinión. ¡Capitán!

Un oficial se destacó, saludando rígidamente.

—Llévese a los prisioneros, pero trátelos con toda suerte de consideraciones, especialmente a la mujer. Al mismo tiempo quiero que se ejerza una férrea y severísima vigilancia sobre ellos. ¿Entendido?

—Así se hará, Majestad — dijo el oficial.

Pero antes de que cumpliera el cometido asignado, Arnim volvió a hablar:

—Ah, se me olvidaba una cosa. Krontar, tus amigos, a los cuales yo admiro por el sentimiento que has sabido inspirarles, te han provisto de una excelente dentadura. No me conviene que muerdas, ¿sabes?

Con una mirada de despecho, Krontar arrojó a los pies de su rival el montón de dinero que le habíamos entregado.

—¿También sabías esto? —exclamó Lyndall furiosa.

—También — rió Arnim —. Un rey debe estar siempre bien enterado de lo que ocurre en su palacio.

—Tendrás micrófonos ocultos en las habitaciones, sin duda.

—Sólo en donde me conviene y donde se duda de mi, hermosa.

—Entonces, todo el palacio estará invadido de esos artefactos.

—Posiblemente..., pero me parece que exageras, Lyndall — contestó Arnim—. De todas formas, me gusta estar prevenido y tomo siempre mis precauciones.

—Que no son otras que las del asesino a quien su conciencia le impide dormir.

—Te aseguro que los fabricantes de somníferos se arruinarían conmigo —volvió a reír Arnim, quien, esta vez, se inclinó de maneta definitiva —. Me ha complacido mucho conocerte, bella terrestre. Espero que en días sucesivos podamos consolidar este conocimiento.

—Nadie te impide encerrarme y aun matarme, pero, cuando menos, ahórrame tu presencia —dijo Lyndall, soberbiamente altiva; después, irguiéndose con todo el aire de una reina ofendida, echó a andar hacia la puerta.

Los tripulantes del «Cormorán» la siguieron, y yo, naturalmente, marché tras ellos. Pero, al pasar a la altura de Arnim, el brazo de éste

se distendió, deteniéndome.

—No, tú no, Kabé.

Lo miré en silencio, sin preguntarle por los motivos de tal discriminación. Arnim también me miró.

—Acaso en Krontaria no estemos tan civilizados como en tu planeta, por lo que siempre he deseado conocer una máquina tan perfecta como tú, Kabé.

Me incliné respetuosamente.

—Me hacéis un gran honor, Majestad —dije—. Mejor dicho, a mis constructores.

—En efecto, tu presencia aquí es suficiente para demostrar el alto nivel de inteligencia a que han llegado en tu planeta. Ven conmigo, Kabé; tú y yo tenemos que hablar.

—¿Qué puede, discutir un mísero «robot» con un gran rey como tú?

Una repentina carcajada sonó en la estancia, y las notas de aquella risa tenían un indudable tinte de irónico sarcasmo.

—¡Muy bien, Kabé, muy bien!—exclamó Krontar —. Te sabía poseedor de muchas cualidades, pero nunca te creí un cobista y un pelotillero. ¡Adular a un asesino!

Los ojos de Arnim chispearon un momento.

—Si vuelvo a oírte esa frase, Krontar, haré que te arranquen la lengua. Es cierto; maté a tu padre, pero... ¡bah!; ¿a qué perder el tiempo? Continúa aquí encerrado hasta que me plazca, y no intentes nada más, porque mi paciencia, si he de ser veraz, empieza a agotarse.

Krontar contestó:

—No es tu paciencia, sino tu conciencia. Lyndall lo dijo antes bien claro.

—¡Bah!

Con expresión indiferente, Arnim se encogió de hombros. Me dio una orden:

—Sígueme, Kabé.

Le obedecí

A la puerta de la cámara de Krontar quedó un fuerte destacamento de vigilancia. El gran rey de Krontaria y yo, seguidos por unos cuantos de sus altos dignatarios, nos encaminamos hacia una habitación, como de despacho, sencillamente amueblada, en la cual penetramos los dos solos, cerrándose la puerta tras nosotros.

Durante largo rato, hasta que clareó el día, Arnim estuvo haciéndome infinidad de preguntas, a las cuales yo contesté lo mejor que supe. El hombre no. había tenido ocasión hasta entonces, de estar mano a mano con un «robot» de mi clase, y verdaderamente, estaba disfrutando de mi compañía y de mi conversación.

Al terminar nuestro diálogo, meneó la cabeza con aire de disgusto.

Me dijo:

—¡Lástima que en vuestro planeta sean tan reacios a exportar «robots» humanoides! Tú, o uno de tus semejantes, me seríais de gran utilidad aquí. Bien, pero como no puede hacerse nada... Kabé: por ahora quedas en libertad de vagar a tu antojo por la capital. Pero no intentes ayudar a tus compañeros o te destruiré, ¿me entiendes?

—Grabaré esa orden Indeleblemente en mis circuitos mnemotécnicos — repuse, Inclinándome profundamente.

Luego salí de la habitación y, después de dar un paseo por el castillo, me retiré al departamento que me habían destinado.

CAPÍTULO IX

Por espacio de varios días, vagabundeé por la capital. Nadie me dijo nada, ni nadie se metió tampoco conmigo, y si no me aburrí, ello es debido a mi robótica condición, porque, ¿quién piensa que se puede hastiar una máquina? No obstante, y si la expresión puede admitirse en mi caso, padecía por Lyndall y el resto de mis amigos, ignorando, no la suerte que habían corrido, sino el destino que Arnim les deparaba.

Mientras tanto, y por orden de Arnim, me alojé en su palacio. La verdad es que la palabra, en mi caso, no es del todo correcta, pues a mí me basta con medio metro de suelo donde poner mis píes, con lo que el problema de mi ubicación está resuelto. Pero, sin embargo, se me trataba como a un humano, con el resultado de que se me destinó una de las habitaciones de la Fortaleza, en la cual me pasaba algunos ratos, cuando no me daba por airearme en la ciudad.

Desde mi habitación, situada en una de las más altas torres del palacio, se divisaba el incomparable panorama de la ciudad, reluciente como una joya, casi tanto de día como de noche. A mis pies se abría un abismo de más de cien metros, que concluía en las negras aguas del foso, tranquilas, obscuras, amenazadoras, constituyendo una barrera difícil de salvar con medios ordinarios, en el caso de que alguien se sintiera lo suficiente loco como para tratar de salvar al príncipe, al cual, como al resto de mis amigos, no había vuelto a ver desde la noche en que el golpe de mano fuera frustrado.

Una semana más tarde, de pie junto a la ventana, estaba haciendo funcionar mis circuitos, tratando de hallar para el caso una solución que satisficiera a unos y a otros. Por un lado, me parecía que Krontar había de tener razón, y que su actitud era muy lógica al tratar de derrocar a quien se había apoderado del gobierno de Krontaria por medio de un asesinato. Pero, por otra parte, se me hacia también muy cuesta arriba considerar a Arnim como un vulgar intrigante, que no había vacilado en utilizar métodos extremos para alcanzar sus fines. Estaba llegando a la conclusión de que allí había algo oculto, cuando, de repente, sentí un ligero ruido a mi espalda.

Me volví y vi a un hombre que penetraba sigilosamente en la estancia, recomendándome silencio. Miré al tipo inquisitivamente, y éste se me aproximó hasta quedar a cortísima distancia del lugar en que me hallaba.

—¿Qué quieres? — le pregunté —. ¿Quién eres tú?

—Habla más bajo, por favor —me recomendó mi inesperado visitante —. Mi nombre es Qwerty y Krontar me envía a verte.

—¿Krontar? — inquirí, muy sorprendido.

—Sí, pero... ¡cuidado, Kabé! Hay micrófonos ocultos en la habitación. Seguro que Arnim nos está escuchando.

—¿Tú crees que un hombre como Arnim tiene tiempo para perderlo en memeces?

Qwerty se aproximó más aún, hasta casi tocarme.

—Bueno —dijo—; es lo mismo. Alguno de sus espías...

—Si sólo has venido aquí para hablarme de los espías de Arnim, están perdiendo el tiempo, Qwerty. ¿Qué es lo que te ha dicho Krontar?

—El príncipe tiene más amigos de los que supones Kabé. Y ello le ha permitido saber que Arnim está preparando su muerte.

Hice un gesto de duda. Qwerty volvió a insistir.

—Sí; es cierto, Kabé. Lo sabemos de muy buena tinta. Arnim espera únicamente la ocasión propicia para deshacerse de Krontar sin que la cosa trascienda o, por lo menos, que aparezca como un acto completamente justo, contra el cual no tenga nadie que hacer la menor objeción.

—¿Y mis compañeros? ¿Y la chica?

Qwerty se encogió de hombros.

—Oh, en cuanto a ésos no hay problema. Entraron ilegalmente en el país; mataron a unos cuantos guardias... La Tierra no protestará cuando se entere de la suerte que han corrido.

—¡Hum!—mascullé—. Un poco duro es lo que afirmas, Qwerty.

—Pero absolutamente exacto.

—Y bien... ¿qué puedo hacer yo?

—Te lo diré, Kabé — y el tipo se acercó tanto a mí, que casi me tocaba con el rostro.

Miré fijamente al fondo de aquellas pupilas y encontré algo raro en ellas. De pronto, y obedeciendo a un llamado de alarma de mi robótico subconsciente, salté hacia atrás.

Ello me evitó el golpe traidor que Qwerty intentaba asestarme. Sin que yo me diera cuenta, Qwerty había desenfundado una especie de punzón, cuyo hierro había estado a punto de penetrar en mi envoltura de plástico.

Ésta se halla reforzada, por la parte interior, por numerosas varillas de acero, a modo de costillas, que constituyen la armazón de mi cuerpo, y le dan la rigidez necesaria para sostenerme. Pero hay también

numerosos intersticios por los cuales puede colarse un hierro aguzado, el cual, si no basta para inutilizarme, sí en cambio puede causarme graves trastornos. Y solamente por una décima de segundo había yo conseguido evitar aquel artero golpe.

El rostro de Qwerty se contorsionó de rabia al verse descubierto. Pero no avanzó hacia mi, simplemente, se limitó a darme una orden.

—Kabé, acércate.

Di un paso hacia adelante, con renuente disposición, deteniéndome luego.

—Más — gruñó el sinvergüenza—, más.

—¿Por qué quieres destruirme? — inquirí.

—Eres un «robot» y a los «robots» no se les da explicaciones. ¡Ven!

Avancé otro paso, de malísima gana. Era evidente que el tipo gozaba enormemente con mis tribulaciones. Todos mis circuitos y todas mis válvulas estaban sometidos a una tensión intolerable. Qwerty era un ser humano, y yo *tenía* que obedecerle, aun sabiendo que iba derechito a mi destrucción, sobre todo no teniendo a Lyndall a mi lado.

—Vamos, simpático —rio Qwerty—, acércate.

—¿Qué mal te he hecho yo?

—Eres un «robot» demasiado listo, y me estorbas.

—¿A ti?

—Si, a mí. Kabé, acércate. Te lo ordeno, ¿oyes?

Permanecí inmóvil un segundo, haciendo que mis circuitos consultasen entre sí acerca del particular, buceando en mi memoria electrónica por si recordaba de algún colega que se hubiera hallado en un caso similar. Pero, para mi desconsuelo, no pude hallar dicho caso. Qwerty era un ser humano, y aunque, por un momento me dije qué no tenía por qué obedecerlo, puesto que no era un nacido en la Tierra, lo cierto es que, contra mi voluntad, me vi obligado a acatar sus órdenes. Terrestre o no, era un hombre, y esto, para un «robot», debe ser suficiente.

Los ojos de Qwerty brillaron al tenerme al alcance de sus manos. Sin la menor consideración, dio un tirón a mi camisa, dejándome el

estómago al descubierto. Allí se veía la placa, de unos veinte centímetros de cuadro, que cubría el acceso a mi pila atómica. Le bastarían unos golpes de destornillador para...

Pero no; aquel individuo no quería inutilizarme temporalmente, sino para siempre. Vi que el punzón que tenía en las manos enrojecía bruscamente, como animado por una gran temperatura interior, y no me cupo la menor duda de que era un artefacto eléctrico, animado por una pila escondida en el interior del mango, con el cual esperaba causarme gravísimos daños en mis mecanismos. Lo menos que sucedería sería provocarme unos cuantos corto circuitos, que fundirían la mayoría de mis lámparas, con lo cual, de allí a unos segundos, me habría convertido en un montón de chatarra.

Pero, en el momento en que Qwerty se disponía a asestar su golpe, la puerta se abrió.

Qwerty giró en redondo sobre sus talones, mascullando una espantosa imprecación. Y yo aproveché la ocasión para, sin remilgos de ninguna clase, sustraerme a su maléfico influjo.

El recién llegado era el mismo capitán que se llevara a Lyndall y sus amigos prisioneros. Frunció el ceño al verme allí acompañado.

—¿Quién es este tipo?—inquirió, reparando súbitamente en el enorme punzón, todavía al rojo vivo.

La mano del capitán se movió velozmente. Qwerty, sin dudarlo un segundo, le arrojó el punzón, que, al no encontrar su blanco, se estrelló contra la pared, rompiéndose en un cegador chispazo. Otra chispa de luz surgió cuando la hoja de la espada del capitán apareció a la luz del día.

—¡Date preso!—le conminó el oficial.

Con una expresión de maligna rabia retratada en el semblante, Qwerty retrocedió poco a poco hasta la pared opuesta a la entrada. Yo me eché a un lado, no queriendo ser un estorbo para la lucha entre aquellos dos humanos.

De pronto, Qwerty asió un taburete y se lo lanzó a la cabeza al capitán. Éste lo esquivó, pero sin poder evitar que el pequeño mueble le golpeara el hombro, haciéndole vacilar momentáneamente.

Lanzando un grito de júbilo, Qwerty se arrojó contra su rival. Entonces intervine yo.

El Código Robótico me ordena evitar todo daño a los humanos, de modo que traté de hacerlo con el capitán. Tomé una silla y la arrojé al medio de ambos contendientes, resbalando en el pulido suelo. Qwerty tropezó en ella y cayó.

Si el granuja se clavó la espada que el capitán mantenía aún enhiesta, ello no es culpa mía. Yo trataba de interponer un obstáculo entre ambos, ¿y qué culpa tengo de que Qwerty no lo hubiera sabido esquivar? El asesino de «robots» se incorporó con el acero hundido hasta el mango en el pecho.

Lanzando un horrendo ronquido, giró sobre sí mismo y se precipitó al vacío, por la ventana que tenía más próxima. Me asomé, viéndolo caer sin que ninguna de mis lámparas padeciera por el fin tan desastroso de aquel sinvergüenza. Y, cuando las negras aguas del foso se hubieron cerrado sobre sus despojas, me volví solícito hacia el capitán.

—¿Le hizo daño ese hombre? — interrogué.

El oficial terminó de ponerse en pie, sacudiéndose maquinalmente las ropas.

—No mucho, gracias. Aunque, a no ser por tu oportuna intervención, puede que no lo estuviera contando ahora. ¿Qué hacía ese tipo aquí, Kabé?

—No sé nada a excepción de que vino, según él, en nombre de Krontar.

—Conque en nombre de Krontar, ¿eh?

—Asi es, capitán.

Éste se frotó la mandíbula, pensativo.

—Todo esto — me dijo — es un poco raro. Pero, de todas formas, gracias de nuevo por tu intervención, Kabé. Y ahora, sígueme.

Fui tras él, preguntándome a dónde podría llevarme. Lo supe unos minutos más tarde, cuando abrió una puerta y me dijo:

—Pasa, Kabé.

Había allí un grupo de gente a la cual reconocí en seguida. Eran los tripulantes del «Cormorán», los cuales se volvieron instantáneamente al oír la puerta. Lyndall estaba un poco más apartada, junto a una

ventana, y sus ojos chispearon de alegría.

Fui hacia ellos, recibiendo sus saludos, y procurando evitar el diluvio de preguntas que me caía por todas partes. Al fin conseguí enfrentarme con la muchacha.

—Pedí permiso a Arnim para verte, Kabé.

—¿Sí?

—Sí. Necesitaba hablar contigo y...

—Kabé —la interrumpió Rodríguez —, ¿sabes qué piensan hacer con nosotros?

—No tengo la menor idea, contesté—diciendo la verdad.

—Pues a mi no me preocupa mucho la cosa —dijo el germano—. Se vive bien, un poco aburrido si se quiere; se come estupendamente; hasta te dan cigarrillos terrestres... ¿qué más puedes pedir?

—Te están engordando antes de la matanza —dijo el uruguayo, mirándole de lado.

—Si Arnim hubiera querido matamos, ya habría podido hacerlo — objetó Röhmer.

—Acaso nos está guardando para enviarnos cualquier día de estos a la Tierra — sugirió uno de los tripulantes.

Me encogí de hombros.

—No lo sé — murmuré —. De todas formas, por el momento no hay más- que una solución: paciencia.

—¡Claro!—refunfuñó Rodríguez—. Tú eres un «robot» y puedes tenerla; ¿qué más te da a ti un día que un siglo? Pero, ¿y nosotros?

—Por favor—terció suavemente la muchacha—; ¿le dejarán hablar conmigo? Luego — sonrió—, se lo soltaré para que hagan con él lo que ustedes quieran.

—Si fuera una barrica de amontillado — suspiró nostálgicamente el uruguayo.

Esto me hizo sonreír, y luego me fui unos pasos más allá, junto a la muchacha. La miré inquisitivamente, en silencio, dejando que fuera

ella la que hablara primero.

Suspiró antes de hacerlo.

—Kabé…

—¿Qué, Lyndall?

—No sé cómo empezar; realmente, estoy confundida y...

—Bien, anímese y no se preocupe por mí. ¿De qué se trata?

—Quisiera saberlo con exactitud, Kabé. Necesitaba tu consejo.

—¿Un humano pidiendo consejo a un «robot»? ¿Dónde se ha visto esto? — dije ladinamente, con falsísima modestia.

—Tú no eres como los demás, Kabé. Tú has tenido demasiados contactos con nosotros, para que tus circuitos no se hayan desarrollado de modo que podría decirse prodigioso, y reaccionas de manera casi tan exactamente como uno de nosotros. La mayoría de tus... colegas están empleados en lugares donde, si bien tienen que hacer trabajos importantes, son rutinarios, que no se apartan jamás de una norma preestablecida. Pero tú, Kabé..., has intervenido en tantas aventuras; has estado, desde que te construyeron, en continuas relaciones con humanos de todas las clases, que, salvo los mecanismos de tu interior, casi podría considerársete uno de ellos.

—Eso es una blasfemia — dije muy seriamente.

—Oh, Kabé; no lo quise decir en tal sentido. Pero tú me comprendes, ¿verdad?

—Del todo, Lyndall — repuse con grave acento. Y luego añadí —: Bien, ¿de, qué se trata?

—De Krontar y de Arnim. O de Arnim y Krontar, como quieras decirlo.

—¿Qué ocurre con esa pareja, Lyndall?

La muchacha me miró fijamente, antes de contestar.

—Kabé, en tu sincera opinión...

—La opinión de un «robot» es siempre sincera, Lyndall; ya sabe usted que no puede mentir.

—Menos cuando se trata de ti — sonrió ella—. Ya te he dicho que casi pareces un humano. Bien, Kabé: ¿cuál de los dos tiene la razón, Krontar o Arnim?

Me encogí de hombros.

—Por ahora, Arnim.

—¿Por qué?

—Simplemente: es el vencedor.

Lyndall arqueó las cejas en un inevitable gesto de sorpresa.

—Así, pues, tú siempre das la razón al vencedor, aunque éste lo haya sido contra todas las leyes.

—Querida Lyndall—dije—: en casos de poca o ninguna importancia, puede hablarse de justicia o injusticia. En el presente, en el que se ventila nada menos que un trono, que yo sepa, y recordando siempre la Historia, la razón ha estado siempre del vencedor.

—Arnim asesinó al padre de Krontar.

—¿Pero Arnim asesinó... o lo mató?

—¿Qué diferencia hay entre las dos palabras, Kabé?

—Más de la que usted se cree, Lyndall. Un asesinato entraña siempre una idea de traición premeditada o cosa por el estilo. Claro es que, se mire como se mire, Drontar murió a manos de Armin; pero bien pudo ser en combate o en duelo, y así, la cosa varía mucho.

—Ese duelo pudo ser provocado.

—¿Por quién?

—¿Por quién iba a ser? ¡Por Arnim, naturalmente!

Me permití el lujo de apoyar una mano en el hombro de Lyndall.

—Muchacha, ¿qué sabe usted de las interioridades del gobierno krontariano? ¿Le ha dado Arnim la impresión de ser un traidor de opereta, de ésos que nunca miran de frente, que tienen una fuerte escolta que nunca se separa de su lado, que tienen un catavenenos y que, en fin, cada dos por tres, y por los motivos más nimios, hacen rodar las cabezas de cuantos le rodean o cuantos le infunden la menor

sospecha?

Los ojos de la chica brillaron un momento.

—Parece una buena persona — musitó—, pero...

—Usted sólo conoce el asunto por el lado que le pintó Krontar. ¿Ha oído hablar a la otra parte?

—No es necesario —dijo vivamente Lyndall—. Con saber que Arnim fue...

—No me lo repita, por favor. Dejemos ya a un lado las consideraciones acerca de la muerte de Drontar. Más le valdría preocuparse de sí misma y enviar a paseo a uno y a otro.

—¿Por qué?

—Acaso Arnim, y no me diga que no está en su derecho, la guarda para devolverla a la Tierra. ¿Le gustaría el panorama, Lyndall?

La muchacha se estremeció.

—Oh, no, Kabé. Cualquier cosa antes de volver allí, sin que se hubiera demostrado mi inocencia. Yo...

Pero la chica no pudo seguir. La puerta se abrió bruscamente, y un nuevo personaje entró en la estancia, saludándonos con un alegre:

—¡Guau!

CAPÍTULO X

«Calixto» entró, meneando vivamente el rabo, y corrió hacia la muchacha, poniéndose en pie sobre dos patas. Lyndall se alegró de veras al verlo, y le dirigió unas cuantas frases cariñosas.

Detrás de «Calixto» entró aquel capitán que yo conocía, seguido por un pelotón de soldados, cosa que me hizo fruncir el ceño.

Sus intenciones fueron bien pronto patentes.

—Debéis seguirme — dijo.

—¿Dónde? —inquirió el uruguayo.

—El gran rey va a decidir sobre vuestra suerte—contestó impávido el capitán.

Vi más de un cuerpo estremecerse; pero todos, en general, supieron dominarse y callar, sin estridencias de mal gusto que, en todo caso, allí hubieran estado fuera de lugar, además de ser prontamente dominadas por la tropa de la patrulla. Sin un sola palabra, los tripulantes del «Cormorán», encabezados por la muchacha y por mi, se colocaron en el centro de la doble fila de soldados.

«Calixto» caminó a nuestro lado. La comitiva atravesó un amplio corredor, que concluía en una puerta de acceso a la escalera de caracol por la cual trepáramos días atrás. Descendimos por ella, viendo que los daños habían sido ya reparados, y no tardamos mucho en hallarnos en una habitación espaciosa, en uno de cuyos ángulos, y sentado tras una mesa, se hallaba Arnim. Dos o tres altos funcionarios le rodeaban, y además, había unas cuantas personas, a la mayoría de las cuales reconocí al instante.

Borglum y su pandilla también nos reconocieron, y en los labios del primero vi torcerse una sonrisa de satisfacción. Pero había dos terrestres más, desconocidos para todos nosotros, y cuya presencia allí, no supe comprender por el momento.

Sin embargo, no tardamos mucho en saberlo. Arnim se puso en pie, ofreciendo un asiento a Lyndall, la cual se había echado a sus pies.

Casi en el mismo momento, y por una puerta opuesta, escoltado por dos guardias, entró Krontar. Sonrió sarcásticamente al ver la gran cantidad de gente que allí se había reunido.

—¿Qué es esto? —saludó—. ¿Se va a hacer, por fin, la parodia de juicio que va a preceder a nuestro asesinato?

Arnim lo miró severamente. Yo también lo miré, dándome cuenta de que, aun no siendo estrictamente un joven, era, en cambio, un hombre en la plenitud de su existencia, capaz de dar ciento y raya a muchos jóvenes todavía. Vi brillar en sus ojos la llama de la inteligencia, oculta por unos instantes, por un chispazo de cólera, pero de nuevo tomó su sosegado aspecto.

—En cierto modo—contestó—, si, es un juicio. Pero un Juicio

preventivo, para determinar ciertas cosas. La mayoría de todos ustedes se conocen, con excepción de los señores Vanloos y Demetriades, de la Tierra. Estos señores traen una misión bien definida, que ellos mismos se cuidarán de exponer.

Vanloos fue quien tomó la palabra, carraspeando levemente antes de hablar.

—Nuestra misión es muy simple: teniendo conocimiento de que aquí, en Krontaria, se halla el asesino del profesor Bahrein, hemos traído una petición de extradición al gobierno Krontariano, con el fin de que nos lo entregue y en nuestro planeta sufra el justo castigo que marcan nuestras leyes.

—Gracias, señor Vanloos —dijo Arnim, con una leve inclinación de cabeza—. Tendré que someter el asunto a la consideración de mi gobierno, pero creo que no habrá el menor inconveniente en acceder a vuestra petición.

Lyndall palideció.

—¿Va usted a devolverme a la Tierra, Arnim?

El aludido sonrió.

—Todo depende, como acabo de decir, de la decisión que tomé mi gobierno, señorita Curtiss.

Ella Irguió su bello rostro, encendida, sofocada. Pero, antes de que pudiera hablar, Borglum dio un paso al frente.

—Y no es eso sólo — exclamó —. También tendrá que responder del motín que organizó a bordo del «Cormorán», como igualmente del robo de la nave. Y todos los criminales y forajidos que la acompañaban, sufrirán la suerte que les corresponde.

—Señor Borglum —dijo Arnim—, en lo sucesivo, se abstendrá usted de hablar ante mí, sin que se le haya dado permiso para ello.

Borglum no pudo contener su cólera.

—¡Qué diablos!—estalló—. ¿Quién se ha creído que es usted, rey de pacotilla? ¡Mi nave! ¡Quiero que me devuelvan mí nave!, ¿me entienden? Y luego, que Juzguen a estos granujas por motín y sedición a bordo de una nave del espacio.

—¡La nave no es suya! —gritó Lyndall—. Pertenecía al capitán Silver, a quien usted asesinó villanamente para apoderarse de ella y del cargamento, con el objeto de dedicarse posteriormente a la piratería.

—¡Protesto de esa acusación! —aulló Borglum—. Silver quiso estrangularme, y yo no hice otra cosa que defenderme. Además, la protegía a usted, cuando, en realidad, lo que debía haber hecho es devolverla a la Fortaleza Negra de donde se había evadido.

—Usted pudo haber reducido a Silver de otro modo, Borglum, —dijo Lyndall—. Pero no; codiciaba la nave y no halló otro medio mejor que matarlo para...

Borglum se volvió hacia sus acompañantes.

—Señor Vanloos —dijo—; ¿va a permitir usted que una mujer, convicta de asesinato, evadida de una Penitenciaría, culpable de motín y sedición a bordo de una astronave, me insulte y me acuse de algo que no existe sino en su calenturienta imaginación?

Vanloos se acarició la fina perilla que ornaba su mentón.

—Las palabras de la señorita Curtiss —respondió—, son un poco fuertes; no hay duda. Es cierto que está convicta de asesinato, y que se evadió de la penitenciaría de Plutón; también parece demostrado haber inducido a la rebelión a la tripulación del «Cormorán». Ahora bien, capitán Borglum, usted deberá aclarar también, en forma satisfactoria, los motivos que le indujeron a disparar contra el capitán Silver.

—¿Le parecen fútiles el proteger a la señorita Curtiss? Encubría su evasión, señor Vanloos.

—Entonces — repuso el aludido—, su deber era desposeerle del mando y encerrarle; pero nunca matarlo.

—¡Lo hice para defenderme!

—¿Teniendo usted una pistola y él desarmado? —inquirió con fina ironía el belga.

Borglum miró a un lado y a otro, como sintiendo que el terreno le empezaba ya a faltar bajo los pies. Estoy seguro de que, en aquellos momentos, lamentaba más que nunca haber llegado a Krontaria y hasta haber presentado la denuncia contra la chica.

Lyndall lanzó otra descarga.

—Además, capitán Borglum, ¿por qué reclama usted una cosa que no es suya?

—¿A qué se refiere?

—Al «Comorán». Usted, faltando el capitán Silver, podía exigir el mando de la nave, pero nunca la propiedad de la misma. ¿Olvida que hay algo que la ley llama herederos?

—Yo no quise nunca...—dijo débilmente Borglum.

Pero Arnim le interrumpió:

—¡Basta ya! Ahora me toca hablar a mí.

Borglum le miró con ojos llameantes de odio.

—¡Naturalmente! Usted lo que quiere es proteger a la chica. Le ha gustado, ¿verdad?

El semblante de Arnim no se alteró. Pero chasqueó los dedos en un gesto que, por el momento, no pudimos comprender.

Lo supimos un segundo más tarde, cuando nuestros tímpanos percibieron un choque sordo. Gorglum lanzó un gemido, y se desplomó en el suelo, atontado por el golpe que el capitán de la escolta le había propinado con la empuñadura de su espada. Arnim le arrojó una mirada indiferente, en tanto que los compañeros de Borglum palidecían, y luego levantó sus ojos hasta los embajadores terrestres.

—Les pido perdón, señores —dijo— por el espectáculo. Pero comprendan; no podía permitir que este hombre siguiera insultándome.

—¿A qué llamas insultos? — gritó Krontar, rompiendo su silencio—. ¿A la verdad?

Arnim no se inmutó siquiera. Volvió su rostro hacia el de su rival.

—La verdad — contestó fríamente—, no es más que una, aunque en ocasiones suele tener caras distintas.

—La de un asesino, Arnim.

—¡La de un justiciero!—tronó éste—. Krontar, es lógico que te duela la muerte de tu padre, pero todo el mundo está convencido de que fue justa y de que se la merecía.

—En tu opinión, claro está.

—En la de todo habitante de Krontaria que piense con sensatez. Y si no, pregúntale a los señores Vanloos y Demetriades, cuál es la otra misión que han traído, aparte de solicitar la extradición del asesino del profesor Bahrein.

Todo el mundo miró a los aludidos. Vanloos cuchicheó algo al oído de Demetriades y éste asintió, sacando un documento de una valija que tenia al lado, sobre una mesita. Lo desdobló y empezó a leer.

A medida que el griego avanzaba en la lectura del documento, el rostro de Krontar iba palideciendo más y más. Era, lisa y llanamente, el reconocimiento del Gobierno de Krontaria por el de la Tierra, y en él se solicitaba el «placet» como embajador de nuestro planeta, al Muy Honorable Señor Edmund Vanloos.

—Que yo concedo de muy buena gana — dijo Arnim placenteramente, al terminar Demetriades la lectura del documento. .

Krontar sonrió forzadamente, con despecho en la expresión.

—Ese reconocimiento de tu crimen... es el precio de la entrega de Lyndall, ¿verdad?

Arnim asintió.

—Exactamente. Del asesino del profesor Bahrein!

—Bien dicen que la política no tiene entrañas. Primero, asesinaste a mi padre; ahora...

—Ahora —le interrumpió Arnim—, entrego al asesino del profesor. Pero, ¿he dicho que fuera la señorita Curtiss?

Hubo un instante de denso silencio después de las palabras de Arnim. Toda la atención se centró en su rostro. La muchacha palideció, llevándose ambas manos al seno, como si quisiera contener los latidos de su repentinamente alborotado corazón.

—Yo... — dijo ella, con débil acento, pero no pudo seguir.

—Siempre dije que Lyndall no podía haber matado al profesor —

exclamó Krontar.

—Es muy lógico —repuso Arnim—. Es muy lógico que tú digas tal cosa, Krontar, porque fuiste tú su asesino.

Más conmoción entre los asistentes, especialmente entre nuestros amigos. Krontar palideció un segundo, pero trató de recobrarse.

—¿Yo? Eso es absurdo, Arnim. Eso forma parte de un plan trazado para deshacerte de mi sin que la conciencia te remuerda, y para que puedas justificarte ante el pueblo de Krontaria. Pero…

Arnim levantó la mano.

—Sería muy interesante —dijo—, que fuera el propio Kabé quien nos explicara lo que sabe. ¡Kabé!

—Sí, Majestad —dije, inclinándome levemente,

Puesto que el mal ya estaba hecho, yo podía hablar con entera confianza, sin violar mi Código. No hubiera podido hacerlo, sin embargo, hasta que Arnim no acusara, como ya lo había hecho, a Krontar.

Todos me miraron con infinita atención. Empecé a hablar.

—Su Majestad me dio orden de investigar acerca del asesinato del profesor, trayéndole cuantos datos de interés pudiera hallar del asunto, sin sacar conclusiones de ellos. Para empezar mi tarea, retrocedí hasta el momento en que la señorita Curtiss apareció en mi observatorio.

»Mis circuitos mnemotécnicos, en los cuales se graba indeleblemente todo cuanto sucede a mi alrededor, fueron recorriendo los hechos que hablan tenido lugar, en mi presencia. Así llegamos al momento en que el príncipe Krontar, malherido, llega al observatorio, en donde es atendido por nosotros dos y curado.

«Krontar nos cuenta su historia, de la cual, y en un principio no tenemos por qué dudar, pero, cuando ya está repuesto y el tiempo ha pasado, observa la extraña actitud de la señorita Curtiss.

»Ésta es debida a que se acerca el final del plazo de su permanencia y a que se ve obligada a tomar una resolución extrema. Krontar, intrigado, me pregunta qué le ocurre, y yo sé lo cuento. Su primera respuesta, inmediata, exacta, es: «¡Eso es absurdo! ¡Ella no lo pudo

hacer!»

Me interrumpí bruscamente. Arnim me urgió.

—Sigue, sigue, Kabé; te lo ordeno.

—Sí, Majestad. Pues bien: una persona corriente, al enterarse de que otra es acusada de asesinato, lo primero que suele comentar es: «¿Quién lo dijera? Pero, ¡si no lo parece! ¡Yo nunca lo hubiera creído!», y cosas por el estilo. Pero nunca afirmarlo tan rotundamente como Krontar. Aunque más adelante, y en la misma conversación, dijo que él no la creía una asesina, cosa que debiera haber ido antes que las frases precedentes, las cuales se le habían escapado de modo casi inconsciente. Y, lógicamente, yo, entonces, las creí producto del enamoramiento de Krontar hacia la muchacha.

Lyndall palideció, mirando con horror y repugnancia a Krontar, por cuya defensa había hecho tantas cosas. Éste soltó una risita forzada.

—Esas palabras tienen muy poca base para una acusación que se precie de consistencia, Kabé.

Me encogí de hombros.

—No soy juez, ni puedo serlo, y por lo tanto, no habré de considerar sus palabras, Krontar. Alguien se encargará de hacerlo.

—¿Y tú crees que con eso solamente será suficiente para encausarme?

Entonces fue cuando intervino Arnim.

—No, no sería suficiente, si, cuando Kabé me contó lo que sabía, yo no hubiera hecho mis propias averiguaciones. Entre ellas que, de modo subrepticio, estuviste en la Tierra en la época en que fue asesinado el profesor.

—Eso no es bastante para condenarme —dijo desdeñosamente Krontar.

—Por supuesto que no..., si no tuvieran en la Tierra cierto perfeccionado aparato, que se llama detector de mentiras.

El rostro de Krontar tomó de pronto el color de la nieve. Por un momento, creí que iba a desfallecer, pero se rehízo casi al instante.

Obró de modo tan rápido que nos tomó a todos de sorpresa, paralizándonos con su inesperado gesto, y cuando quisimos darnos

cuenta, ya se cubría con el cuerpo de la muchacha, cuyo talle rodeaba férreamente con uno de sus brazos, en tanto que con la otra mano sostenía firmemente una pistola quehabía arrebatado a uno de los soldados de la guardia.

—¡Quietos todo el mundo! ¡Que nadie se mueva, o de lo contrario, mataré a Lyndall!

Alguien inició un movimiento hacia Krontar, pero Arnim lo contuvo.

—¡No! Dejadle; ya caerá.

—Eso es lo que tú te crees — rió nerviosamente Krontar, sin dejar de retroceder lentamente, teniendo siempre el cañón de la pistola apoyado contra el costado de la joven. Lyndall no habló. Estaba muy pálida, pero mantenía la serenidad.

—¡Capitán Borglum!—gritó Krontar—. Usted también se encuentra en un mal paso. ¡Ayúdeme y saldremos de él!

Borglum se puso en pie, encantado con la solución que le ofrecían, y desarmó a otro soldado, colocándose luego junto a Krontar. Éste dijo;

—Me llevaré a la muchacha hasta el astropuerto. Arnim, da orden de que nos. dejen el paso libre o la mataré.

Arnim no contestó; miraba fijamente a Krontar y a la muchacha, los cuales, poco a poco, se iban alejando lentamente de nosotros. Le vi también sereno, pero no podía dominar la crispación de sus manos, y en su frente había aparecido una leve película de sudor.

En un ominoso silencio, las tres personas llegaron a la puerta del salón. Entonces, Lyndall, sin poderse contener, exclamó:

—¡Aquí, «Calixto»!

La reacción del perrazo fue instantánea. Lanzó un agudo ladrido, y se convirtió en una rojiza mancha que atravesó en dos saltos el salón.

La pistola de Borglum chasqueó, errando el blanco. «Calixto» no le dio tiempo a rectificar la puntería. Le saltó al cuello, antes de que las manos de Borglum pudieran protegérselo. Oí con toda claridad el siniestro chasquido de las mandíbulas de «Calixto» al cerrarse sobre su presa.

El suceso sobresaltó a Krontar, quien, involuntariamente, descuidó su

guardia. Sabiendo que unos segundos más tarde, «Calixto» se le arrojaría encima, giró a un lado, para protegerse del futuro ataque. Pero entonces dejó inadvertidamente su flanco al descubierto.

Bastó un solo segundo para qué el capitán de la guardia tomara puntería y disparase. Lyndall se encontró repentinamente rodeada por una nube de gas verdoso, de repelente olor, de la cual salió, corriendo histéricamente hacia nosotros. Sus nervios no podían resistir más.

Vino hacia mí, pero yo la empujé hacia otros brazos que la merecían más que yo, y ella se acogió a aquel refugio, sollozando y temblando todavía. Arnim me miró, guiñándome un ojo.

Uno de los soldados de la guardia se llevó al perro, con objeto de lavarle las manchas de sangre que tenía en las fauces y en el pecho. Otros cargaron con los despojos de Borglum, en tanto que sus secuaces, amedrentados, aguardaban la sentencia que, indudablemente, había de recaer sobre ellos.

Cundo hubieron transcurrido unos momentos, Arnim dijo:

—Tuviste una buena idea, Kabé, al hacerme mencionar el detector de mentiras. Tampoco yo sabía que nadie está obligado en la Tierra a someterse a su investigación.

—En eso confiaba yo —dije—. Pero si Krontar lo hubiera sabido…

—Nos hubiera costado un poco más hacerle confesar su crimen, que, a fin de cuentas, no le sirvió de nada, pues no pudo hacerse con la fórmula del profesor.

Lyndall levantó sus ojos hacia los de Arnim. Sedio cuenta de pronto de que aún estaba en sus brazos, y enrojeció, separándose un tanto.

—Pero, ¿qué podía interesarle a un príncipe la fórmula? — inquirió.

—Mucho. Drontar y su hijo sabían que su régimen se estaba tambaleando, debido a sus despilfarros y crueldades. Tenían que buscar algo que paliase sus desaciertos y, al mismo tiempo, con el monopolio de la fórmula, rehacer sus exhaustas economías, que no eran otras que las del país. Hasta aquí había llegado la fama de las investigaciones del profesor Bahrein, y Krontar fue a la Tierra con objeto de obtener dicha fórmula al precio que fuera.

—Y arrojó sobre mí las culpas del crimen.

—Exactamente. Pero supongo que habrás quedado disculpada a los ojos del embajador. ¿No es cierto, señor Vanloos?

El belga se acarició la perilla.

—¡Hem...! Puesto que hemos visto que...

—Es suficiente, gracias—rio Arnim.

—¿Y... y qué hará usted de mis compañeros?

—inquirió Lyndall, mirando a Arnim.

—Pues... los amigos de Borglum quedarán a disposición del señor embajador. Él sabrá lo que debe hacer con ellos.

Vanloos se los llevó, escoltados por un pelotón de guardias. Rodríguez, Röhmer y el resto quedaron allí, aguardando la sentencia de Arnim.

—En cuanto a vosotros, luchasteis contra mis soldados. Lo hicisteis, sin embargo, por una idea equivocada, y engañados, como la señorita Curtiss, por un traidor y un asesino. Castigaros de nada me serviría, ni devolvería la vida a los que murieron, cuyas familias, por otra parte, han recibido ya una fuerte indemnización. Quedáis, pues, en libertad... con la condición de que alguien me reembolse de esa indemnización que me he visto obligado a pagar.

Rodríguez y sus amigos se miraron. Luego, el uruguayo dijo:

—Majestad, yo... nosotros... No tenemos un solo «garant» y...

Arnim se echó a reír.

—Idos, no os preocupéis. Ya tengo quien pague por vosotros.

Rodríguez sonrió comprensivamente, y tiró del brazo de Röhmer. No tardamos en quedamos los tres solos, y entonces Arnim se inclinó sobre la muchacha.

—Lyndall, tendrás que pagar por tus compañeros.

Ella suspiró tristemente.

—Le daré la fórmula, Majestad.

—No la quiero — dijo él, y Lyndall se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Cómo? ¡No le entiendo!

Entonces me permití un carraspeo.

—¡Ejem...! Pues es bien sencillo, Lyndall.

La chica me miró, dudando.

—Pero yo... pero él...

—¿No buscaba usted un príncipe azul? Si se encuentra que ya es rey, ¿qué más pide?

—Ya soy un poco mayor — dijo Arnim—, aunque todavía no he cumplido los cuarenta.

—Pero no me negará, Lyndall, que está de muy bien ver, ¿eh? — dije.

La muchacha sonrió.

—No sé. Todo esto... es tan súbito y tan inesperado para mí...

—Váyase con él, Lyndall — la aconsejé—. Todavía está obcecada por el recuerdo de un granuja... pero creo que Su Majestad se encargará de hacérselo olvidar.

—Con mil amores, Kabé. ¿Vamos, Lyndall?

Todavía sin creer en lo que le sucedía, la muchacha se colgó del brazo que le ofrecían. Desaparecieron de mi vista, no sin que antes Arnim me dijera:

—¡Gracias por tus trabajos, Kabé!

Agité una mano. Luego suspiré yo también, con cierto deje de melancolía. Sí: mis trabajos. Siempre mis trabajos en favor de los humanos que se lo merecen. Pero, ¿qué otra cosa puede hacer uno cuando no se es más que un simple «robot»?

FIN

[1] Véanse los números titulados “Memorias de una máquina", “El Oro de las Estrellas” y “El País de los robots”, (N. del E.)

[2] Véase la nota de la Introducción.

[3] Excepto ¡ay!, las amorosas. (Nota de Kabé.)